

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 94 - Febrero de 2018 - Distribución gratuita www.universocentro.com



4

Democracia en miniatura

6

A dos minutos del apocalipsis

8

La luz arrastrada

10

Las amistades peligrosas

14

Cultivar el asombro

18

El último romántico

24

Apetito



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier y Gustavo

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 94 - Febrero 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Elección múltiple

La mirada fija del soldado siempre atento a las órdenes. Cuatro años de pecho como vice-ministro en el gobierno Uribe y tres años de espalda como ministro en el gobierno Santos. Todo el tiempo en los cuarteles. Un *boy scout* con algo de plomo en sus bolsillos. En su escritorio las fotos con Obama y Giuliani, no importa que los jefes sean rivales mientras sean jefes, y un pisapapales diminuto con la fachada del capitolio norteamericano. Ha decidido publicar su número de teléfono para que Colombia lo llame y lo interroque: “No me llames, yo te llamo”, fue la respuesta de Colombia. Su loción deja una estela limpia por donde pasa. Una candidato para después de afeitarse.

> **Fajardo () Petro () Pinzón () Ramírez () Duque () Timo () Regina ()**

El trapo rojo en el hombro, un trapo viejo e indispensable para alejar moscas y guiar a unos cuantos partidarios obedientes. El tono sereno de quien resistió cinco años sentado a una mesa con los dueños del dogmatismo, la intransigencia y la soberbia armada. Un hombre pasado por todos los rodillos del poder, un político que podría ser áspero como una buena lija pero se ha inclinado por la medida y la cordialidad. Desde sus años mozos le han reprochado las malas compañías, amigos revoltosos en la juventud, aliados dudosos en la senectud. Una cerveza con espuma ha sido su mejor discurso de campaña.

> **Petro () De la Calle () Vargas () Duque () Timo () Gaviria () Ramírez ()**

Un puño de hierro maltrecho es su insignia. Y su arma. De chiquito se paraba orgulloso sobre las mesas presidenciales. La Casa de Nariño ha sido su segundo hogar. Durante cuatro años, mirando el mapa de Colombia, jugó a un Lego electoral con sus casitas, sus puentes y sus carreteras. Agrio y mañoso según dicen quienes lo conocen, mañoso y agrio en las palabras de quienes no lo conocen. Si fuera leal y visitara cada fin de semana a sus aliados en las cárceles, no tendría un solo día de descanso en cuatro años.

> **Pinzón () Vargas () Duque () Timo () Regina () Santos () Ordóñez ()**

Fuego sagrado. La más peligrosa de las insignias, el azote de las libertades, la voz que azuza a los trastornados. Un político en los tribunales y un fanático en la política. Fue el encargado de la disciplina nacional por casi siete años y mostró su mal aliento y sus trucos de sacristán. Su sueño es hacer del mundo una gran familia según sus costumbres y prejuicios, un mundo donde es el padre de sus elegidos y padrastro de los demás. Un ejemplo de cómo se puede ser mojigato y vulgar al mismo tiempo.

> **Ordóñez () Petro () Pinzón () Laureano () Duque () Timo () Gareña ()**

Es imposible ser el fiel de la balanza en el juego inestable de la política. El equilibrio es el acto más aburrido en el circo de tres pistas de las elecciones. Las paradojas de buscar el poder desde la matemática y ser el menos exacto de los candidatos. Cuando se repite tanto la cátedra se cansa el auditorio. Un profesor al que la falta que la tiza rechine contra el tablero verde. Pero un presidente sin maquinarias partidistas y sin halo sabanero sería una interesante novedad. Su gran problema no es estar mal rodeado sino no estar rodeado en absoluto. Menos modales y menos morales.

> **Petro () De la Calle () Vargas () Fajardo () Duque () Timo () Nohemí ()**

El gesto del afiche revolucionario. El billete de mil como bandera. La arrogancia humana. Sus triunfos electorales son la expresión del pueblo, sus derrotas son la prueba del poder de las mafias. Uno de los mejores opositores de los últimos años: contra propios y extraños. Un costeo muy cómodo en el balcón del Palacio Liévano, un calentano al que le sienta el chiflón que baja de Guadalupe y Monserrate. Los riesgos de un ganador que quiere cambiar el himno y tiene mucha imaginación.

> **Ramírez () Petro () Pinzón () Fajardo () Duque () Timo () Gaitán ()**

Un símbolo de la tecnocracia en manos de la fanaticada de un caudillo. Un hombre que se disfraya con algo de asco y júbilo. El sombrero, el poncho, el caballo de palo, la bolsa de confites. Piensa, responde, calcula, pero sus partidarios quieren que señale, grite, condene. El hijo de un liberal con obligaciones conservadoras. Un joven demasiado viejo. Un chico de Washington jugando a *House of Cards* en Cundinamarca. El miedo a un joven que busca la presidencia en su “primer empleo”. Le falta un curso en el Sena.

> **Valencia () Cabal () Pinzón () Timo () Duque () Ordóñez () Zuluaga ()**

Una tía experta en cantaleta puede ser muy fatigante. Si en su familia los regalos navideños se entregaran en elecciones, ella solo gozaría del pernil y la papa fría. Su paso por los cuarteles le ha entregado el apelativo de Dama de Hierro en algunos programas de humor. Su gran virtud es tener un adversario señalado por un señalado. La señora tiene la virtud de no despertar muchas animadversiones. Pero es más fácil imaginársela encargada de la piscina del club que hablando de la Ciénaga de Ayapel.

> **Nohemí () María Emma () Vivian () Piedad () Ramírez () Clara () Ingrid ()**

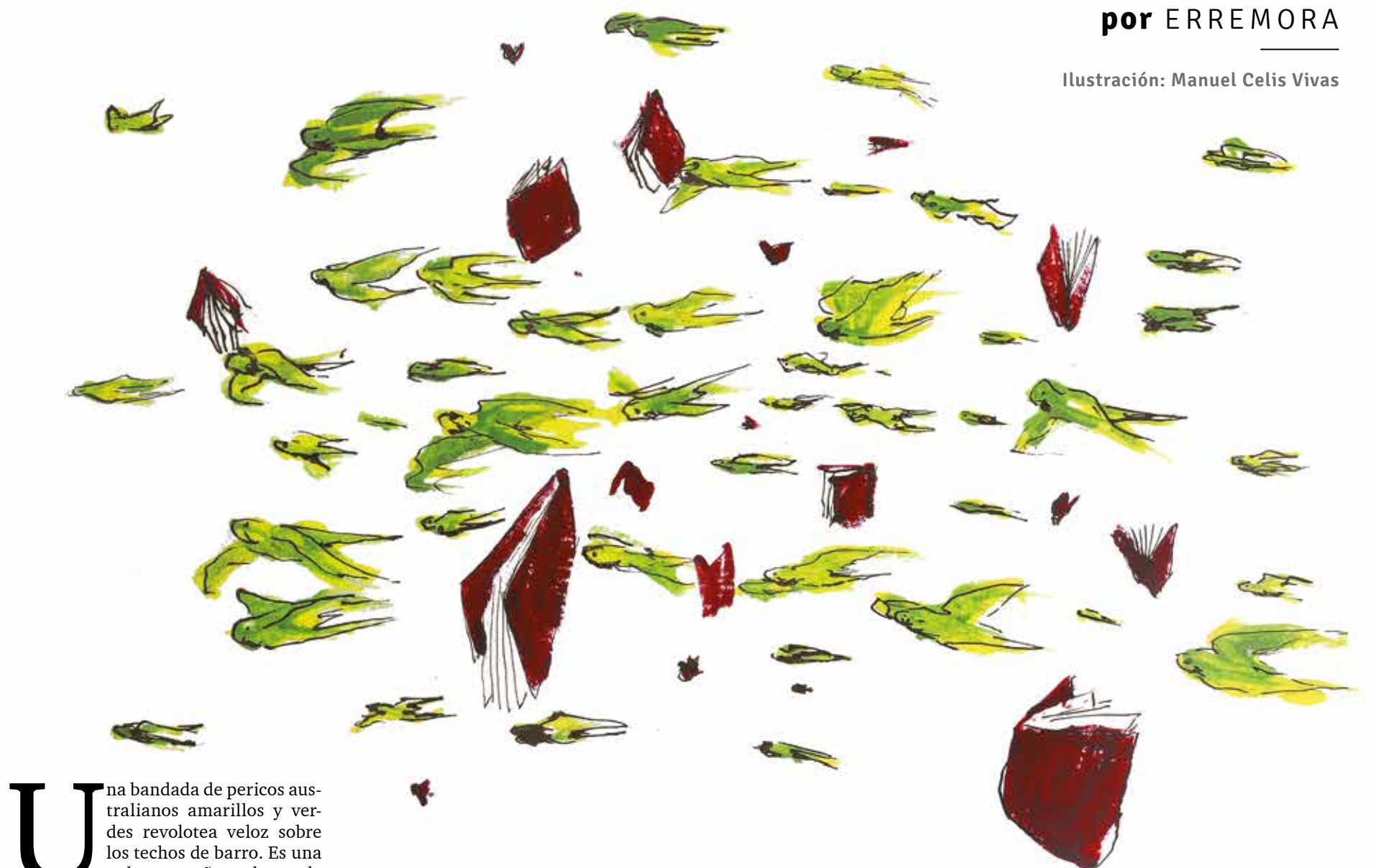
Un soldado venido a menos. El camuflado y la clandestinidad entregan siempre un aura y una maldición. En la civil queda la paranoia, el miedo a los buses que rugen, el ahogo de los carros blindados y los benditos hoteles burgueses. La política por fuera de los panfletos y los campamentos es un combate de afrentas, olvidos y desprecio merecido. Usar la palabra pueblo en la bandera y conocer el pueblo tan tarde. También es valentía dejar el poder del hierro. ☹

> **Rojas () Petro () Pinzón () Navarro () Duque () Timo () Pizarro ()**

La letra con guante entra

por ERREMORA

Ilustración: Manuel Celis Vivas



Una bandada de pericos australianos amarillos y verdes revolotea veloz sobre los techos de barro. Es una nube pequeña y densa de al menos cien loros diminutos, gritones y nerviosos. Sus alas brillan con el sol de una mañana de febrero. El chillido de las aves siempre alborotadas cruza el aire. La bandada traza un círculo enorme y desaparece detrás del bloque Siete B. Cinco segundos después, aparece por el costado occidental, volando bajo, y se posa completa sobre la hierba del jardín que crece entre los bloques Siete A y Siete B del Inem José Félix de Restrepo. Aterrizan casi al mismo tiempo. Los pájaros picotean entre la hierba sin dejar de chillar. Parecen discutir. Es una actividad febril que rompe la quietud de los hierbajos y se mezcla con los alaridos que salen de un salón en el que dos niñas y treinta y ocho niños preadolescentes, de grado séptimo, la mayoría flacuchos, esperan su primera clase de español.

Es febrero del año mil novecientos ochenta en la ciudad de Medellín, el sol brilla, es una mañana cálida y soy uno de aquellos niños revoltosos y escuálidos, pero en este momento estoy concentrado en los pájaros que comen semillas en el jardín. Veo cómo se balancean torpes al caminar, las plumas de la cola van de izquierda a derecha, bambolean sus cuerpos como esos gringos obesos que caminan con pesadez. Sus ojos, muy abiertos, me recuerdan la frutilla del maracuyá. Tienen las plumas diminutas, las patas arrugadas y de piel áspera, y sus picos encorvados destrozan las vainillas de las plantas sin misericordia.

La voz amable de una mujer se alcanza a escuchar sobre la algarabía de mis compañeros. Dice buenos días con un dejo divertido. Todos corremos al pupitre respectivo. Las patas de las sillas chocan contra la baldosa, se produce un estruendo fuerte y los pájaros levantan el vuelo en un solo movimiento. La bandada huye y se va a volar al cielo que cubre las fincas y potreros de El Poblado.

La mujer, parada bajo el dintel de la puerta de doble ala, tiene la cara blanca, el pelo negro y abundante cae hasta más abajo de los hombros. Viste un bluyín y un delantal amarillo que le cubre el pecho y la mitad de las piernas. Su boca, pintada de un rojo profundo, sonríe mientras nos mira con la cabeza un poco ladeada a la derecha. Sus labios estirados hacia adelante y apretados con suavidad parecen desaprobarnos algo. Sus ojos también sonríen. La belleza de esa mujer que nos regaña sin hablar nos ha dejado mudos. Ella, simplemente, es radiante y hemos presenciado su entrada triunfal al salón más revoltoso del colegio. Su mirada no es otra cosa que la mirada de un ser que irradia inteligencia y eso nos ha atrapado. Desde el primer momento caímos derrotados ante su influjo poderoso. Un niño sabe detectar a una persona inteligente en menos de un segundo y por ello le entrega su respeto de inmediato.

Ella cierra la puerta a sus espaldas. No dejamos de seguir con la mirada su figura que camina y se recorta sobre el enorme tablero verde en el que trazará diagramas para explicar el sintagma nominal.

Me llamo María Ledy Sánchez, dice cuando se detiene y pone una carpeta y una cartuchera en el escritorio. Una leyenda comienza a escribirse entre nosotros, dos niñas y treinta y ocho niños preadolescentes llegados de todos lados de este valle, directo a la sección cuatro del Inem.

Comenzaban los ochenta y por aquellos días no éramos conscientes del animal que nos subía pierna arriba, silencioso, aterrador, mortal para el planeta y para esta ciudad perdida y atrapada en las montañas. Solo éramos unos muchachitos de barrio que debíamos lidiar con los asuntos que nos tenía preparado el grado séptimo del Inem. Estábamos allí y una profesora de pelo

negro y sonrisa eterna que parecía burlarse de esta vida despiadada, nos entregaría toda su alegría en cada clase. Sí, nos entregaría su alegría y nos llenaría la cabeza con toda la ciencia ficción de *Fahrenheit 451*. La novela de Bradbury sembraría en mí el espíritu inconforme y aguerrido para luchar contra la ignorancia que los políticos pretenden imponer. Aquella profesora nos haría llorar con la narrativa despiadada de Benito Pérez Galdós y su *Mariñela*, y nos retorcería el cerebro con sus diagramas interminables de sintagmas y toda aquella perorata de sujeto, verbo y predicado.

Al llamar a lista, al llamarnos la atención o simplemente para hablarnos, pronunciaba nuestros nombres y apellidos de un solo golpe y el mío sonaba Rodrigomora en una sola palabra rápida con una marcada acentuación en la tercera O. Se sentía la inflexión que subía y bajaba con una delicadeza de locos. Era como un canto dulce que nos hacía sentir importantes.

Durante la primera clase, cuando ya la bandada de pericos australianos volaba alegre sobre el parque Astorga o sobre los guayabales de la calle cuatro sur, tomó la cartuchera, deslizo el cierre y sin dejar de hablar sacó un guante blanco de tela suave y con movimientos delicados se lo enfundó en la mano derecha. Quedamos fascinados. Mirábamos atónitos. Luego, con la mano enguantada, agarró una tiza. Abrimos los ojos y nos miramos entre asombrados y sonrientes. Nos burlamos de ella mientras escribía en el tablero. Se le van a dañar las uñas, me atreví a decir con sorna. Ella giró sobre su eje y habló casi con una carcajada, eeh mijitos... Lanzó una justificación que no recuerdo con exactitud. Algo así como que la tiza era demasiado caliente, pero nosotros, mocosos de los cuatro puntos cardinales de este valle, sabíamos que la tiza es algo

horrible al tacto y ella quería conservar sus manos delicadas y sus uñas impecables; era una razón más para amarla, aunque los más negados para la literatura la vieran como un ser maldito que había llegado a revolcarles el espíritu. Cuando se ponía el guante asistíamos a una especie de ritual. Una puesta en escena que caracterizaba a una mujer hermosa. Nunca dejó de usarlo.

Mil novecientos ochenta transcurrió con más pesares que bendiciones para la mayoría de nosotros. Encontrábamos la desventura en las calles del barrio o en nuestras propias casas. Hacíamos zigzag y lográbamos cruzar casi invictos y con vida. En el fondo, y sin hablar mucho del asunto, sabíamos que el colegio era una especie de refugio. Cada mañana yo atravesaba la ciudad desde el extremo norte hasta el extremo sur para llegar allí. Las palabras de la mujer del guante blanco inquietaban e inspiraban. Sus palabras eran golpes fuertes para nosotros que todavía no entendíamos el significado de la palabra libertad. Allí, en el Inem de Medellín, una mujer dulce y recia nos enseñó a hacer las cosas con el rigor debido. Allí, en uno de esos salones austeros, ella nos leyó en voz alta fragmentos de una novela policiaca. Los críticos dicen que el género policiaco es un género menor, nos dijo. Embobados durante tres jornadas, la mirábamos sentada sobre una mesa con la pierna derecha cruzada y la espalda recta. Sus palabras se proyectaban con energía y calidez. Completamente silenciosos, hipnotizados y muy quietos en nuestros asientos de madera, con los codos apoyados en la mesa individual, escuchamos alucinados *El misterio de la cruz egipcia*. ☹



DEMOCRACIA EN MINIATURA

por JUANGUI ROMERO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Lo recuerdo muy bien, fue en 1986, durante las vacaciones de octavo. Yo estaba despachado en la sala, viendo un resumen del mundial (en esa época solo se acostumbraba un televisor por casa) cuando mi madre, que regresaba de la revueltería, abrió con desespero la puerta y avanzó vacilante hasta el sofá. Estaba roja y sudorosa, como esos boxeadores que encajan una seguidilla justo antes de sonar la campana y caminan tambaleantes hacia su rincón para pasar el mal trago. Los golpes se los habían propinado tres vecinas que se dedicaron a comentar que el camión de mi padre afeaba el barrio, mientras ella seleccionaba los tomates pintones y las papas menuditas que siempre le gustaron.

El siguiente *round* también lo perdimos. Un par de días después de lo sucedido en la revueltería, mi madre, que solía encender el radio reloj cada vez que entraba en la cocina, como si fuera una obrera que marcara de ese modo su tarjeta de ama de casa, besó la lona. Yo estaba desayunando y ella había entrado a lavar unas ollas cuando oímos a uno de sus locutores favoritos, Diego Vargas Escobar, el popular Muchachón, decir en Cómo amaneció Medellín que en el barrio Viñaña había un camión que les estaba arruinando la trapeada a todas las vecinas... Que el hollín que soltaba ese carro tenía negras todas las paredes de las casas... Y que su dueño —mi padre— dejaba la calle llena de mapas cuando cambiaba el aceite.

Esa vez, tampoco pude hacer nada distinto a enojarme, mientras la veía tratando de entender el asunto, recostada sobre el mesón de la cocina, recibiendo los golpes que sus vecinas y amigas de tantísimos años volían a lanzarle, esta vez ayudadas por su ídolo radial de las mañanas. Todavía no le cabía en la cabeza que ellas hubieran sido capaces de escalar las acusaciones de la revueltería a toda la ciudad... Que la voz de su apreciado Muchachón dedicara sus rimas cortas nada más y nada menos que a su esposo; unas rimas que, vale la pena decirlo, en otros casos la habían hecho reír con muchas ganas: “Pilas, pues, muchachón; ajúciate con el camión; no te hagás el...”. Y ahí, sonó la cortinilla del programa para marcar el cambio a otra noticia.

Mi madre, cada vez más cerca del *knock out*, se entregó resignada al conteo. Sí, ella que se había aguantado todo muy calladita, decidió por fin contarle todo lo sucedido a mi padre. Este de inmediato se subió al *ring*, aunque comenzó muy replegado y expectante: “...pero en esta casa que apagamos la luz a las ocho de la noche... aquí, que jamás se ha hecho un baile”. Luego, lanzó unos cuantos golpes largos, todavía calentando: “Esas hijueputas creen que viven en El Poblado, o

qué”, y finalmente anunció que si querían guerra, guerra tendrían. Así pues, aunque se podría decir que este tercer *round* terminó en empate, los bríos habían vuelto, y mi madre se sentía apoyada.

Pero lo que ella nunca imaginó fue que su esposo llegaría la noche siguiente con el camión repleto de terneros; y claro, algunos de ellos comenzaron a mugir en la madrugada. Mi madre, más asustada que enojada, pensando en su próxima visita a la revueltería, se vistió a las carreras para recordar desde la acera su infancia y juventud de campesina tratando de calmar a esos terneros revoltosos. Cuando me asomé a la ventana, ella movía sus manos ante esos pobres animales enjaulados, cual pastora evangélica, a veces suplicándoles y a veces rogándoles que no complicaran más las cosas. Los terneros no atendían a sus indicaciones. Mi padre, muy solapado, le argumentaba con fingida naturalidad: “Qué hago pues si no alcancé a descargar; además, qué van a decir esas viejas, si esas hijueputas también vienen de la montaña, como nosotros”.

Ahí estaba el quid del asunto. El barrio todavía funcionaba como la réplica de un pueblo. Sus habitantes sabían de memoria las historias los unos de los otros. Ante cualquier problema la fórmula era recurrir al chismorreó, la mirada de soslayo, el retiro del saludo o el alegato en la esquina, para divertimento de todos. La Inspección era solo para asuntos legales como las malas construcciones y las humedades. No había actas ni manuales de convivencia y, mucho menos, asambleas anuales o extraordinarias, con excepción de las que convocaba el cura muy preocupado por los problemas del techo de la parroquia, o cuando se antojaba de una nueva custodia que, según sus palabras, sí le hiciera justicia a la devoción de la comunidad.

El combate entre los de mi casa y el clan de la revueltería se hizo cada vez más soso hasta desvanecerse. Mi madre comenzó a ir más tarde por sus legumbres y cambió su misa de los domingos por la de los sábados en la tarde. Ella que, a pesar de los hechos, o mejor aún, a causa de estos, seguía escuchando con gran disciplina a Diego Vargas Escobar, solo lo perdonó la mañana en la que anunciaron, en su programa, que la voz del Muchachón no se oiría más; lo habían matado por denunciar con nombres propios a algunos fulanos de otras bandas un poquito más nocivas que las de mi casa o la de las vecinas. Supongo que ella le rezó muy arrepentida la novena de las ánimas, pues al Muchachón lo mataron en noviembre de 1989.

Justo por esos días, las vecinas pelonas se marcharon del barrio; dos de ellas, para El Poblado. Mi madre murió hace un par de años y mi padre, a los 86 años, sigue

aguardando día a día a que mi hermano lo recoja en su camión, al que nunca más pudimos parquear en frente de la casa a raíz de la puesta en marcha del metrolpiús y la inauguración del centro comercial Los Molinos. Por mi parte hace poco me fui a vivir a una vieja unidad residencial de casas bifamiliares.

Y no me da vergüenza contarlo, tras la primera asamblea anual me hice grandes expectativas una vez salí nombrado como secretario del consejo de administración, empujado porque nadie más se presentaba. No sé, pero por esos días me sentía totalmente enfocado en el futuro inmediato de mi entorno y creía de verdad que un periodista podía jalonar la transformación de esa pequeña comunidad al sugerir unas cuantas acciones, sustentadas de manera estratégica en un seguimiento al acontecer mensual.

Sin embargo, muy pronto comprendí que las revoluciones no eran lo mío, y ni siquiera la participación barrial. Aunque al comienzo llegué armado con mi portátil pensando en ser el secretario más eficiente de la historia de la unidad, bastaron unas pocas reuniones para que me volviera cada vez más impreciso al registrar pequeños detalles como la cantidad de licor que se proyectaba comprar para el bingo de integración o el número de extensiones navideñas aprobadas en forma de cortinas, cascadas y mangueras... Cada vez me distraía más en medio de las acaloradas discusiones que se daban al intentar definir la mejor estrategia para comprobar cuál mierda le pertenecía a cuál perro, u otras más complejas sobre los vetos que se deberían aplicar a quienes no pagaran la administración. Cada vez me abrumaba más la diversidad de mensajes políticos, religiosos y humorísticos que invadían el grupo de WhatsApp.

Los demás integrantes del consejo, expertos en participación comunitaria, me relevaban del cargo sin decírmelo abiertamente. Así las cosas, cuando asisto a las reuniones, y eso que cada vez llegó más tarde, solo contribuyo con mi firma para efectos del *quorum* y como el señor asentimiento cuando se aprueba algo. Lo curioso es que nunca

me han reprochado tal apatía. Se avecina la nueva asamblea y aunque a diferencia del barrio aquí todos sabemos muy poco de la historia de vida de los demás ya nos hemos consolidado como una suerte de grupo político que pretende atornillarse al poder; algo para lo cual hay que esforzarse muy poco, porque si bien muchos vecinos suelen opinar “del mismo modo y en sentido contrario” sobre nuestras decisiones, durante las asambleas, a la hora de los nombramientos, todos se esconden.

Hace poco supe que en la ciudad se dicta un diplomado para quienes quieren dedicarse a la administración de propiedad horizontal; que, incluso, se pretende destinar el último sábado de mayo como el día mundial de la PH y que la tendencia es hablar de PH felices; así de burbujeante como suena. Sí, ante la proliferación de normas y normas, esos amables ancianos y copropietarios que por años y años se han armado de buena voluntad y unos cuadernos tipo natillera para salvaguardar la contabilidad y la historia de tantos edificios de la ciudad, la tendrán cada vez más difícil. Las especificidades de los seguros que ordena la ley, los procesos de contratación con quienes desarrollen alguna tarea en las zonas comunes y el constante recambio de los habitantes son solo algunas de las variables que han empezado a marcar la transición entre administradores empíricos y nuevos profesionales que, al estilo de los árbitros de fútbol, deben interiorizar, entre muchas otras leyes, que en las PH los van a llamar HP con gran frecuencia.

La delgada línea entre lo público y lo privado les exige convertirse en verdaderos funambulistas de la democracia barrial, que como es bien sabido suele tener muchas, muchas aristas: si me robaron la bicicleta es imprescindible subir la malla otros dos metros hoy mismo; si es la de otro, no se puede dar tanta papaya. Lo que para unos es considerado una inversión, para otros es un gasto. Para fortuna de ellos, el nuevo código de policía les ha dado una mano en muchos asuntos, el exceso de ruido, el manejo de las mascotas, las riñas.

Un amigo que ejerce este cargo en varios conjuntos residenciales, y quien me pidió que obviara su nombre si replicaba algunas de las anécdotas, me dijo que cada unidad tiene su personalidad... Su PH. A él, por ejemplo, le ha tocado lidiar, comprender, dejar así... pequeños asuntos como el de una mujer a la que todos en la unidad llaman “la prepago”. Ante sus requerimientos, ella apeló al derecho de tener varios novios y a disfrutar de la sexualidad en su apartamento. Ante la imposibilidad de comprobar si lo suyo es o no es un negocio, lo único que él pudo hacer fue pedirle un poco más de discreción con las muestras de placer en sus encuentros poliamorosos, que a todas luces no son coadministrables, al menos no por el consejo. En otra unidad se encontró con una puerta adicional a la portería principal, bastante camuflada y con salida a una quebrada, y de la que, por demás, no tenía acceso a la llave. Las razones, al parecer, eran que uno de los más discretos habitantes de la unidad pertenece a un combo y se granjeó a su manera, antes de que mi amigo asumiera el cargo, el derecho a coadministrar esa pequeña puerta pensando en alguna urgencia derivada de sus actividades no muy santas.

Lo cierto es que cada vez caen con más frecuencia esas casonas viejas que representaban a todo un barrio, y en su lugar se levantan nuevos edificios o urbanizaciones, decenas por año. Una señal que anuncia que más pronto que tarde terminaremos viviendo en laberintos que se conectarán con los centros comerciales, tal como lo planteó Saramago en *La caverna*. Nuevas unidades de negocios, que por lo pronto, son un gran espacio para conocer a pequeña escala el zoológico de la participación política: allí se puede ver al líder nato que de verdad entiende lo que es cohabitar; al vocinglero que siempre propone una comisión para...; al que tiene por deporte favorito nunca estar de acuerdo; al vecino que se considera de sangre azul y quisiera vivir en un principado, y al periodista, como yo, que ni siquiera es capaz de registrar las proposiciones y los varios de una reunión ordinaria. ©



EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Carrera 42 # 54-60

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300

patfuenmayor@hotmail.com

A dos minutos del apocalipsis

por GUILLERMO CARDONA

Ilustración: Tobías Arboleda

El *Boletín de Científicos Atómicos* (BAS, por sus siglas en inglés) saludó el 2018 adelantando treinta segundos el Doomsday Clock, algo así como el Reloj del fin del mundo, del Apocalipsis o del Juicio Final, a juicio del lector.

El año pasado nuestra civilización estaba a dos minutos y medio de la medianoche, pero el incremento de los arsenales nucleares de China, India y Pakistán; las pruebas con misiles balísticos intercontinentales en las que se empeña el líder de Corea del Norte, Kim Jong-un, pese a las protestas de la comunidad internacional; las declaraciones completamente impredecibles que lanza por Twitter el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, jactándose de que su botón es más grande; y hasta los efectos cada más severos del cambio climático motivaron a los científicos a ubicar el Doomsday Clock a dos minutos justos.

El terrible veredicto lo anunció el BAS en Washington en los últimos días de enero, luego de someter el asunto a consideración de su comité de expertos, un selecto equipo editorial donde se incluyen diecinueve Premios Nobel.

Contrario a lo que podría pensarse, en razón de la calidad de sus promotores, no se trata de un sofisticado aparato tecnológico. El Doomsday Clock es más bien un reloj incompleto, un fragmento de reloj análogo, simple y cotidiano, diseñado en 1947 por la pintora Martyl Langsdorf, esposa del físico del Proyecto Manhattan, Alexander Langsdorf. En su primera aparición en la portada del BAS marcó siete minutos para la medianoche.

Las motivaciones para adelantar o retrasar las manecillas del reloj hasta la fatídica medianoche que representa la oscuridad, tampoco responden a abstrusas elucubraciones físicas y cuánticas, ni la decisión está soportada por cálculos o ecuaciones matemáticas. Los responsables de tomar la decisión para el BAS son, obviamente, personas con los más altos pergaminos en los más diversos campos de la ciencia, pero su decisión está sujeta sobre todo a un asunto de percepción, en la que se sopesan no fórmulas y variables, sino la situación política internacional, las diversas guerras que se están librando al momento en diferentes partes del globo, el talante de sus gobernantes y, para este 2018, el incremento de las emisiones de carbono.

El que sabe, sabe

Eso no significa, naturalmente, desconocer la gravedad del anuncio y mucho menos las calidades científicas de quienes toman la decisión.

El reloj se creó, justamente, al final de la Segunda Guerra Mundial, por iniciativa de un grupo de científicos que diseñaron las primeras bombas atómicas y que pudieron comprobar en Hiroshima y Nagasaki la devastación que un arma con tal poder podría significar para la vida en nuestro planeta.

Desde entonces, este tipo de armas han proliferado. Hoy se estima que existen en poder de las grandes potencias y algunos otros países entre trece mil y catorce mil bombas nucleares, suficientes para destruir la Tierra unas tres o cuatro veces. El noventa por ciento de dicho arsenal lo acaparan Rusia y Estados Unidos, pero otros países están en capacidad de desatar el infierno; en orden descendente según su capacidad militar nuclear figuran Francia, China, Reino Unido, Pakistán, India, Israel y Corea del Norte.

Eso sin contar que en el mundo funcionan 447 reactores nucleares repartidos en treinta países, y sesenta reactores

más están en proceso de construcción en otros quince. La realidad del cambio climático, las dificultades para producir energías limpias y la escasez y lento agotamiento de los combustibles fósiles han elevado las expectativas del uso de energía nuclear con fines pacíficos. Actualmente, el once por ciento de la energía eléctrica del mundo tiene su origen en plantas nucleares. Un motivo adicional de preocupación, considerando los accidentes ocurridos en Chernóbil en 1986 y en Fukushima en 2011.

Como dijo a los medios la presidenta del BAS, Rachel Bronson, el Doomsday Clock “es un símbolo y lo que queremos decir es cuán cerca o lejos estamos de destruir la vida en la Tierra tal como la conocemos”.

Las manecillas del reloj

Desde su creación, las manecillas del Doomsday Clock han sido ajustadas en unas veinte ocasiones, con márgenes que van de los dos a los diecisiete minutos.

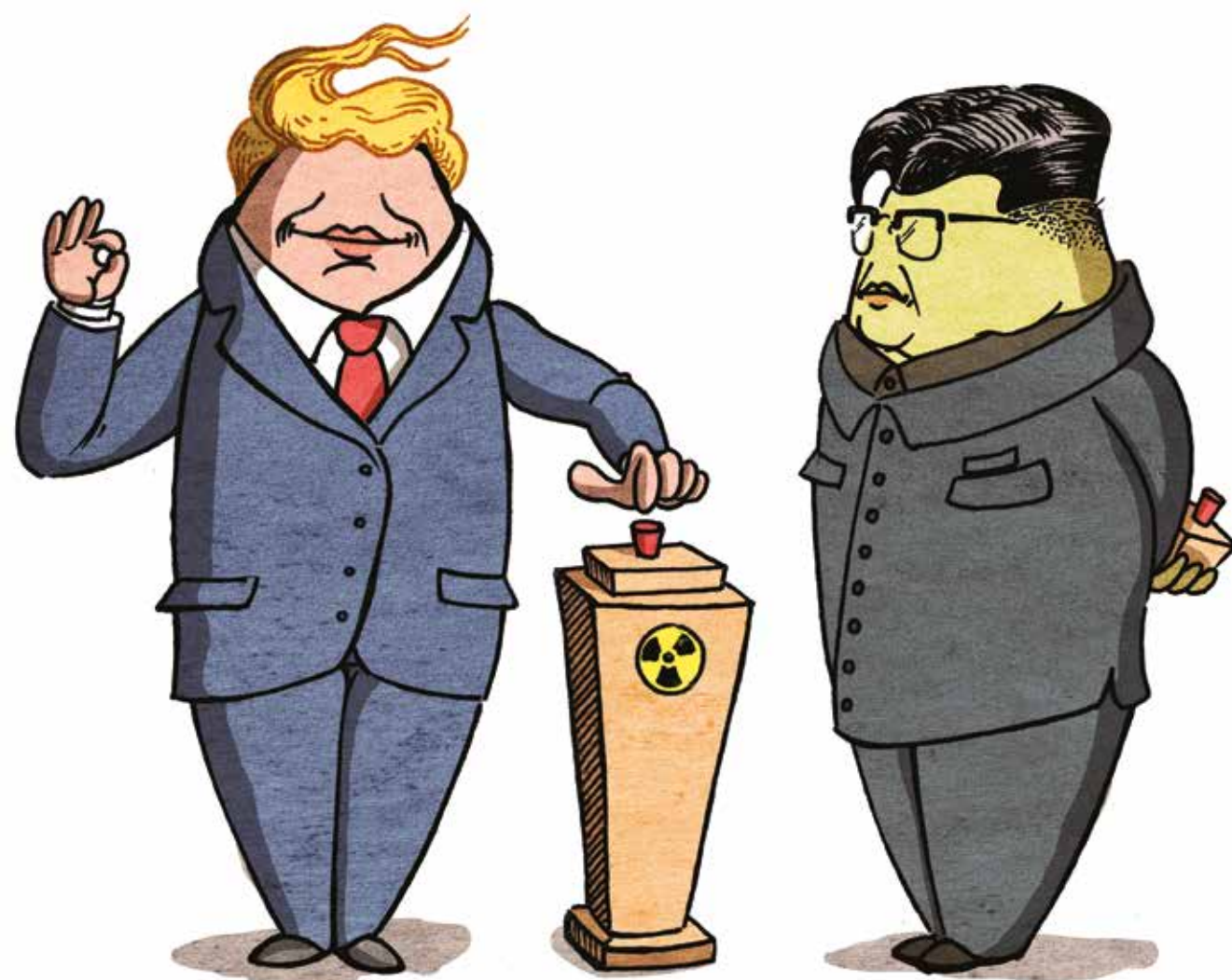
Han estado no tan cerca como ahora en 1949, luego del primer ensayo nuclear de la Unión Soviética. O a los mismos dos minutos, como en 1953, cuando tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos hicieron sus primeras pruebas con armas termonucleares.

En 2018, estamos más cerca de la medianoche incluso que en 1962, cuando a raíz de la Crisis de los Misiles en Cuba, se mantuvo a siete minutos de la hora final pese a que muchos consideraron que el reloj debió haberse adelantado.

En 1991, con la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, además de los acuerdos para la reducción de armas suscritos por Washington y Moscú, el reloj alcanzó su mayor distancia de la hora final: diecisiete minutos.

Lo cierto es que ningún país, luego de Estados Unidos en Japón, ha utilizado sus arsenales con fines militares. Sin embargo, basta que a algún dirigente de los nueve países con poder nuclear se le ocurra prender la mecha para que se desate el armagedón.

¿Qué será de nosotros luego de una hecatombe nuclear? Albert Einstein dijo: “No sé con qué armas se luchará la Tercera Guerra Mundial, pero la Cuarta se peleará con palos y piedras”. O quizá podríamos también recordar a la impertinente y siempre sensata Mafalda quien, luego de leer en la prensa las declaraciones de un experto que aseguraba que entre el arco y la flecha y los misiles teledirigidos era realmente sorprendente lo mucho que la humanidad había avanzado en ciencia y tecnología, se arrellanó en el sillón para concluir: “Y deprimente lo poco que han cambiado las intenciones”. ©



es cosechar,

ahorrando con **paciencia** y gastando con **parsimonia**

Síguenos en:

www.confiar.coop

cooperativizando para el **bienvivir**

ORQUESTA SINFÓNICA EAFIT

Directora: Cecilia Espinosa Arango

Programación de marzo y abril de 2018

III Concierto de Temporada 2018 Jueves 8 de marzo, 8:00 p.m. Director invitado: Juan Montoya PROGRAMA: • Un Gato Andaluz - David Ortega • Arias de Operas de Puccini para Soprano y Tenor Solistas: Eliana Piedrahita y Andrés Gómez • Sinfonía N° 7 - L. Van Beethoven	IV Concierto de Temporada 2018 Viernes 23 de marzo, 7:30 p.m. Director invitado: Juan Pablo Valencia Concierto de Semana Santa PROGRAMA: • Cantata del VII Tono -G. Gabrieli • Serenata para Vientos, Chelo y Contrabajo - A. Dvorak • Stabat Mater - G. B. Pergolesi Solistas: Sandra Lorena Caicedo (soprano) y Mónica Danilov (mezzosoprano)	V Concierto de Temporada 2018 Jueves 5 de abril, 8:00 p.m. Director invitado: Andrés García PROGRAMA: • Idilio de Sigfrido - R. Wagner • Sinfonía N° 8 "Inconclusa" - F. Schubert • Rapsodia Camaleónica - Mauricio Arias (Estreno en Medellín) Solistas: Juan Fernando Avendaño (trompeta) y Mauricio Arias (Piano)	VI Concierto de Temporada 2018 Miércoles 18 de abril, 8:00 p.m. Talentos de Maestría Músicas del mundo
--	--	---	--

Lugar: Auditorio Fundadores de La Universidad EAFIT

sinfonicaEAFIT |
 SinfonicaEAFIT |
 orquestaeafit

Cada nota, una emoción

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

www.eafit.edu.co

La luz arrastrada

por SIMÓN MURILLO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Vestirse es un acto de expresión tan intuitivo que sus orígenes se comparan solo con los del dibujo o la primitiva narración literaria. Nos vestimos por el frío, para protegernos de la fuerza del sol, del suelo sucio y de un exterior que corta, punza y raja, nos vestimos por pudor, nos vestimos por impudor, para evitar miradas o para que todos se volteen a vernos; vestirse es acto automático: como un párpado titilante. La ropa es esa segunda sombra que en vez de arrastrar al calor del mediodía, hay que llevar desde los primeros pañales hasta los últimos.

Sie7e cu4tro sie7e son tres diseñadores de Medellín: Juan Camilo Londoño, Juan Pablo Pemberthy y Felipe López. Desde hace varios años hacen ropa que en la capital de la moda colombiana ha sido vista como una curiosidad lejana a los pabellones de Colombiamoda. Para empezar, toda su ropa es negra. Por convicción y por razonamiento, por política y por estética. Sobre todo, lo es por una convicción moral. Pemberthy pone la cultura de la ciudad en estos términos: “Nos seguimos diciendo mentiras”.

En su tercera de seis colecciones, una camiseta con el tiro hasta abajo lleva su logo plateado en letras capitales en los omoplatos. El corte de la prenda, hijo de una tradición de *skaters* y callejeros que va de Nueva York a Manrique, lleva en la espalda una intrincada impresión de cartuchos, orquídeas, balazos, helechos del valle de Aburrá dispuestos con el cuidado de un arreglo floral. En medio de la postal vegetal, una mano esquelética emerge del *ikebana* paísa en dirección hacia el cuello, como si tanta belleza la asfixiara y quisiese reclamar —volver a reclamar— su lugar entre los vivos. Abajo, en la base de la columna se lee “MDE”.

La última de sus colecciones adopta con más sutileza un mensaje similar. Una camiseta con una foto impresa en la que un escudo patrio arrancado del muro de una casa anónima revela una sombra dejada por el mugre y el uso. Al pie, en la barriga del portador se repite el logo de la marca. En la manga de los brazos está escrito “NO OLVIDO” en caracteres rotos.

Ambas camisetas, pequeñas muestras de un catálogo en crecimiento, arrastran la tradición de la camiseta-mensaje, pero más cercanas a una exposición de arte moderno que a un *drop* de Supreme. Ambas, como un viento que arranca escudos patrios y revuelve las flores, siguen la misma idea, López dice al respecto: “(Debe ser ropa) más allá de la moda. Para que tengamos discusiones profundas. Es que la moda de aquí es estéril y superficial”. Es una diferencia sutil: al final toda prenda será superficial como toda la pintura será superficial. La diferencia no está en la técnica o permanencia de la obra, sino en el momento de cortar, punzar y rajar el caballote: desgarrando el tejido a la mitad y mostrando los hilos que sostienen la pieza.

La tienda, ubicada en Provenza, está flanqueada en todas las direcciones por tiendas de ropa *trendy*, hoteles *boutique* y restaurantes cuya hora pico es la del *brunch*. Pueden verse como una excentricidad monocromática en el arcoíris de la ciudad, una excentricidad que, como todas las anteriores, se rodea de una máscara de responsabilidad social. Al final, una tienda de ropa es una tienda de ropa, y si vale cuatro, cinco o seis veces lo que vale la ropa del Éxito se puede convertir en una ofensa.

En vez de parecer un proyecto comercial parece un círculo de curadores empeñados en construir su arte. Austera y minimalista, recuerda más al Museo de la Memoria que a una tienda de cervezas artesanales, el gris de las paredes enmarcando sus obras de arte: ropa negra que cuelga como fantasmas puestos a secar. Porque, antes que nada, Sie7e Cu4tro Sie7e es un homenaje, un encuentro y un reconocimiento de esos fantasmas que plagan esta ciudad. Las vidas de Londoño y López, familiares al horror nacional sirven de hilo en las agujas.

El padre de Londoño murió asesinado el día de su sexto cumpleaños por bandas criminales aparentemente vinculadas con el paramilitarismo. El padre de López murió asesinado en Urabá por grupos paramilitares cuando este era un niño. En un texto que acompaña la salida de su primera cápsula escriben:

Han pasado ya varios años, aquel día su despedida sonó como adiós. Era un día especial. Él nunca llegó...

Frente a mí, su sombra, su maletín negro y tres dígitos por descubrir. Intentos, combinaciones, tiempo. La sombra ahí.

Una tarde fría, al fin lo descubrí.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic.

Tic, tic, tic, tic.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic.

7 4 7

—Estaba vacío.

—El ya no está, su sombra es fuerza.

—Sigue aquí.

Cuando el padre de Londoño murió le dejó un maletín negro cerrado por una combinación. Después de muchos intentos y días en que el número aparecía en sueños y calles, el definitivo fue con 747. Cuenta que al momento de abrir el maletín, “salí la sombra... como si de ahí saliera una sombra que te cubriese”.

López, tímido y de una amabilidad nerviosa, le da unas caladas al cigarrillo y añade: “Nosotros deberíamos de vender bandas negras de luto toda la hijueputa vida”. Y retoca Londoño ante el paso de unos turistas: “La imagen que se tiene de la ciudad es de viejas chimbas, todo el mundo borracho, la alegría a pesar de estar tristes. Es que ya vestirse de negro es un acto político”. Atrás, entre las filas de ropa negra flota el fuego de una vela, encima de un pequeño altar con una estrella de Belén.

En vez de un encierro repleto de muerte, como sería esconder el maletín en un clóset, quemarlo o pintarlo, la alternativa era vestirse con la sombra, un acto de reconciliación radical. Esta puede ser la única marca orgullosa de vestir la muerte. “Esto no es un capricho. Hay una poética de lo que es la sombra: no se despega de uno”, dice Pemberthy, y Londoño añade: “Hay que pasar del luto a la fuerza”.

Por supuesto, en el mundo de la moda los discursos intelectuales o políticos pisan sus propias trampas incrustadas de oro y diamante con más frecuencia que político costeño. Dior celebró su feminismo vendiendo camisetas blancas empastadas con el repetido hasta el cansancio *We should all be feminists*. “All”, refiriéndose a una minoría que podía pagar los setecientos dólares que costaba la prenda. Apropiación de artistas emergentes u olvidados, cadenas de ensamblaje en condiciones espantosas en países del tercer mundo, uso de algodón cultivado por trabajo esclavo. Juan Pablo habla pestes de “la falsa democratización de la moda de Karl Lagerfeld”. Los beneficios exorbitantes arrojados por compañías de moda fruto de pobres estándares, explotación de mano de obra barata, o ambos. El maletín negro heredado en las peores condiciones por su padre a Juan Camilo, y que ahora mismo sirve de exhibidor en su tienda, actúa de recordatorio constante sobre el valor de los objetos.

El negro no es la única decisión radical. La ropa de la marca es asexuada, organizada en términos de siluetas. Las fotos de sus cápsulas en vez de mostrar monas oxigenadas muestran una enorme diversidad de modelos, algunos con tatuajes, cicatrices y lejos de las convenciones de belleza. Las prendas vienen con una pequeña etiqueta invitando al cuidado, a regalarla, a cambiarla y a usarla con respeto: es una prenda de luto. Las fotos de sus colecciones, en que modelos gritan y bailan en fondos negros o caminan por callejones antioqueños son la llamada a una estética nueva en una Medellín trágica en la que se hace sancocho en la calle. Donde la tradición y la memoria no esconden la tragedia pasada y actual de la ciudad.

Otros diseños miran decididamente al futuro en términos de corte y confección. Unos pantalones cortos actúan en la bota como unos aladinos y se ven como la ropa de playa de un espectro londinense. Vestidos negros, pensados para hombre y mujer, cargan la inspiración no solo de las consecuencias de la guerra sino de diseñadores vanguardistas como Rei Kawakubo y Shayne Oliver. Muchas de sus prendas esconden entre la oscuridad detalles extraños en el corte o el tejido que se abren para el que mira dos veces.

Cuando uso la camisa de la mano esquelética emergiendo entre las flores siento una sensación normalmente ajena al arcoíris del vestir. Antes de estar a mi disposición, siento que le debo una responsabilidad a la ropa. Como si mi cuerpo se convirtiera en vehículo de un mensaje antiguo que hiciera de mí un actor. No puedo decir que su ropa, por hermosa que la encuentre, “me empodere”, por el contrario, me recuerda, vestido con un simple algodón, lo vulnerable que soy. Flores de las que emerge la muerte.

Dos de sus últimas cápsulas llevan el nombre Sobrenatural. Giro (¿temporal?) al optimismo, las prendas están pensadas para homenajear al esfuerzo sobrenatural de “las personas para transformar la realidad local

y reponerse de las adversidades”. Es un fondo que estuvo desde el comienzo: detrás del horror debe de haber una capacidad de sobreponerse. No podemos huir de la sombra, pero sí confundirnos con ella, volverla nuestra aliada. Vestirnos con ella.

Londoño, al que siempre he visto vestido de negro, es una persona grave por la que a veces flota un humor anárquico y sorprendentemente negro: “En Halloween, Felipe y yo nos vestiremos de paramilitares”. Lleva tatuados en los dedos de las manos el número de su destino. Una amiga en común habla de la admiración que siente por López y Londoño y la coherencia intelectual del proyecto. Sie7e Cu4tro Sie7e, que empezó en 2008 cuando todavía estaban en la universidad donde se conocieron, es, una vez más, una anomalía por la duración que una marca independiente tiene en el panorama comercial antioqueño.

La relación de los tres con la ciudad es cuanto menos extraña. Fuente de inspiración directa en sus diseños a la vez que mito detrás de su furia creativa. Una camiseta de la tercera cápsula lleva una impresión del Centro de Medellín alrededor de la calle Colombia, otras remiten a la flora local, y el motivo del balazo, la trepadora icónica de la ciudad, reaparece una y otra vez.

En este sentido, esta tienda se apega y redefine la tradición cada vez más devaluada del *streetwear*, es decir, la ropa de calle de orígenes estilísticos en la rebeldía juvenil y el *skate*. Sin embargo, mientras marcas de fama e ingresos globales han devaluado cualquier pretensión de rebeldía original a la repetición inane de un logo, Sie7e Cu4tro Sie7e logra, por toda la violencia, dolor y contradicciones que rodean su historia, convertirse en una verdadera prenda de la ciudad. Si a la pregunta, “¿qué hago ante todo el sufrimiento que veo en esta ciudad?”. Las respuestas se vuelven incontables y el peso lo arrastra, siempre tiene una elección: vista-se de luto. Esa forma de vanidad que usamos por nosotros y por los demás, para que nos compadezcan y para comunicar un dolor que evade el lenguaje primario y se transforma en la fuerza del vacío.

Hay un maletín, una herencia, que vuelve a estar lleno de medias, sombreros, colgantes. Si antes era un objeto de habitaciones de hotel, el trabajo y el descanso de la casa, ahora se ha convertido en una entidad pública, exhibiendo el paso del tiempo a todos los que pasen a una tienda de paredes grises y ropa negra. Abierto de par en par, la clave por fin descifrada, la sombra proyectándose en la mañana, la tarde y la noche. ©



John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Boston Bar Café

Cra 42 con Cille 54 • Atendido por su propietario

LAS AMISTADES PELIGROSAS

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Hansel Obando

Cuando tenía 17 años, poco antes de las vacaciones de junio de mi último año escolar, unos compañeros me invitaron a un partido de fútbol con sancocho en una cancha semiselvática que había no lejos del colegio. El selectísimo grupo estaba compuesto por ocho perdedores del grado undécimo del Instituto San Carlos, a quienes, además de la amistad, sobrevivía sin mi ayuda, y por supuesto Jaime Ceballos, un mocetón roído por el acné y con el que, la verdad sea dicha, apenas había cruzado palabra; los demás, algo me debían: Julián Carvajal —baleado siete años después—, Pecho, el negro Cañizales, el Viejo —un carcamal de 21 años—, Yeyo y Panchis habían ido hasta mi casa para escuchar la explicación de algún problema termodinámico o, con mayor riesgo, yo les había brindado mi ayuda clandestina en los exámenes bimestrales.

Aunque tengo buena memoria, no recuerdo cómo quedé el partido ni cómo se conformaron los equipos, y ni siquiera puedo dar cuenta de mi cuota goleadora en el *match*, siendo —como era y aún soy— uno de esos desventurados que consigue embocarla un par de veces cada cinco años, y eso solo si el nivel de la competición es *amateur*. Para ser del todo sincero, debo decir que incluso no recuerdo si el partido realmente llegó a jugarse y si el sancocho alcanzó su justo hervor: mi memoria quedó encallada, para siempre, en el cigarrillo de marihuana que circuló de mano en mano en algún momento de la jornada. Fue esa mi primera vez con los psicotrópicos. Tiempo después, Julián me abasteció para que la segunda y la tercera vez transcurrieran, solitarias y felices como la masturbación, entre un seto de bambúes del cerro Nutibara. Allí mismo me acompañó mi primo Lucas una tarde de eclipse —no es metáfora— y sahumé por cuarta y quinta vez. Al año siguiente perdí la cuenta en la Universidad de Antioquia. Con Juan David Salamanca, estudiante de Antropología con vocación de filólogo, iba a fumar a la trastienda de la universidad y luego pasábamos la borrachera en la biblioteca, y, en el colmo del delirio, desdeñábamos las novelas latinoamericanas y salíamos con las grises obras teatrales de Antonio Buero Vallejo en nuestras mochilas. Solo en casa, cuando ya era demasiado tarde, cada uno cobraba conciencia del extravío.

Más pronto que tarde, sin embargo, acabé dejando el rito cannábico: el humo me hacía menos efecto cada vez, y, por contraste, las pocas veces que lograba embriagarme, el efecto duraba tanto que me rendía en la extenuación. Recibía, pues, un beneficio magro a cambio de un pago alto, el cual era llegar a casa con la ropa anegada en un olor intenso de hojarasca chamuscada; olor del que, incluso, podía sospechar mi cándida madre. La cerveza me ayudó a olvidar la yerba, como si se hubiera tratado de una novia tonta. De modo que ni mis viejos compañeros colegiales, ni mi primo, ni el letrado Salamanca acabaron siendo las amistades peligrosas de mi vida. Y tampoco vinieron a serlo corruptos seductores al estilo de la Marquesa de Merteuil y el Vizconde de Valmont —protagonistas del famoso libro de Pierre Ambroise Choderlos de Laclos—; para sorpresa del lector, mis amistades peligrosas fueron —y son— un antiguo seminarista metido a profesor de Etnología y un estudiante de doctorado filosófico que, con creces, podrían representar la ñoñería en una enciclopedia de las actitudes humanas.

A Lucho Vidal lo conocí por los mismos días en que conocí a Juan David Salamanca, pues los tres empezamos a estudiar Antropología a comienzos de 1992. Lucho acababa de abandonar el Seminario Mayor de Medellín, del que había salido con tres lecciones aprendidas: cuáles eran los mejores poemas de Ernesto Cardenal, cómo hacer pan y —por sobre todas las cosas— que las gracias de las mujeres eran mayores que las de Jesucristo. Desde el principio nos unió una amistad entrañable, cimentada por el gusto compartido por los libros de Andrés Bello y las canciones de Inti-Illimani, amistad que, tras un frenético primer año universitario, apenas vino a atemperarse cuando, en el tercer semestre, cada quien se encontró con su propia novia. Desde el principio admiré en Lucho su fervor de lector, su agudeza hermenéutica y su pasión por los libros nuevos. Mucho tiempo después, cuando ambos ya éramos profesores del Departamento de Antropología, mi amigo tuvo la generosidad de compartirme la sabiduría que

había alcanzado a lo largo de una vida agitada que, incluso, lo había obligado a buscar comida en las canecas de basura de Ciudad de México: “Las tres mejores cosas que uno puede hacer en la vida son quitarle el empaque a un libro recién comprado, destapar una cerveza y bajarle los calzones a una vieja”. Lo decía, sentencioso, con el dedo índice derecho apuntando al techo.

Aunque mi amigo, cuando era estudiante, se esforzaba por adquirir sus propios libros —compró *La rama dorada* con los flacos ahorros que le deparraron muchas noches de mesero—, fue precisamente cuando regresó de México, con su título de Maestro a cuestas, que pudo permitirse todo tipo de lujos. Pero ello fue fatal para mí. Mi esposa —la misma novia del tercer semestre— empezaba su segundo embarazo y yo todavía no conseguía vincularme definitivamente a la Universidad de Antioquia, además de que, abrumado por la enojosa obligación de pagar una cuota de alquiler inmobiliario, me desvelaba con tortuosas cuentas acerca de la posibilidad de embarcarme en una deuda bancaria para tener casa propia. En semejante trance, todavía tenía que soportar que Lucho, solterón y con superávit en el bolsillo, me mostrara cada semana el nuevo libro que había comprado: “Mirá qué putería: *A través del Islam* de Ibn Battuta”, decía por ejemplo, y regularmente agregaba este colofón: “Carito el libro, mano, pero estas cosas hay que tenerlas. Son material de trabajo”. Cuando yo trataba de justificarme invocando mi coyuntura familiar, él no dudaba en esgrimir su dedo y amonestarme con una untuosidad catequística sin duda aprendida en el seminario: “Mano, hacer biblioteca es un proyecto de vida”. Aquel satanás tenía una respuesta filosófica para todo y estaba ungido por el don de hacerse irresistible. En una de esas, indefenso ante sus audaces consejos, compré los cuatro tomos de la *Historia de la literatura hispanoamericana* de José Miguel Oviedo y desaté una crisis conyugal que apenas vino a amainar cuando, un lunes de abril de 2005, una ecografía señaló que era un niño lo que venía en camino. Lucho se alegró una barbaridad cuando se lo conté y alcanzó a sugerirme que, en vista del nombre que pensábamos ponerle, recibiéramos al segundo hijo con un ejemplar de *El Conde Lucanor*, del Infante don Juan Manuel, entre las tieras cobijas.

Más tarde que temprano discurrí, al fin, la estrategia para quitarme de encima a Lucho. Consistió esta en pedirle prestados los libros apenas los compraba —con malicia, dejaba que corriera

una semana, a lo sumo dos—, y aunque inicialmente su generoso corazón se inclinaba gozoso a conceder el favor, no pudo evitar agriarse cuando descubrió que le devolvía los libros subrayados; subrayados con tímidas marcas de lápiz, sí, pero subrayados —desvirgados— al fin y al cabo. Tiempo después, para rematarlo, desarrollé la costumbre de colarme de improviso en su oficina profesoral para, casi literalmente, arrancarle el libro que tuviera en las manos. No solo no volvió a darme noticias de su mercado bibliográfico sino que optó por la impía práctica de trabajar a puerta cerrada, e incluso hubo quien me contara que había instalado una cerradura con doble llave en el gran cajón del escritorio en que solía guardar los libros. Es verdad que no me evitaba del todo, pero cuando nos topábamos proponía temas de conversación alejados todo lo posible de cuestiones librecas —si es que existen esos temas—, y mostraba un afán angustioso por acabar la plática. Felizmente, después de errar de cama en cama como un naufrago, mi amigo acabó casándose y trajo al mundo a Annie, una preciosa niña que absorbió su odioso superávit y que, en consecuencia, lo obligó a poner los pies en el mundo chato de quienes, solo de vez en cuando, nos damos el remordido gusto de comprar un libro de bolsillo (o de los que apenas pueden hacerse a un ejemplar de *La rama dorada* después de muchas jornadas de esfuerzo). Sobre decir que cuando Lucho me llamó para pedirme que fuera el padrino de su hija, acepté encantado.

No habían pasado dos años desde que aquel exorcismo me había devuelto a mi amigo cuando, escupido desde el mismo infierno, aparecí en mi vida Simón Puerta, estudiante de doctorado en Filosofía según una leyenda que él mismo se esforzaba en difundir; porque el maldito, como la serpiente del Edén, no se entretenía en otra cosa que en ofrecer la jugosa manzana del árbol prohibido a los incautos que encontraba a su paso. Vivía para comprar libros y para hacer que los demás los compraran también. A sus veintitantos años, era soltero y contaba con sueldo propio al mismo tiempo que mesada paternal, de modo que podía comprarse cuantos volúmenes le vinieran en gana, de cualquier materia, bajo cualquier pretexto y a cualquier hora del día. De hecho, solía alardear de sus compras millonarias por internet, cuando, en ejercicio de su dichosa desocupación —esa que hacía pasar por doctorado—, se sentaba frente al computador a esperar la media noche de ciertos lunes en que se desataban las más disparatadas ofertas comerciales

en la red. Alguna vez se dio el lujo de comprar doce ejemplares del mismo libro de Papini —*Gog*— solo porque eran ofrecidos a un precio irrisorio.

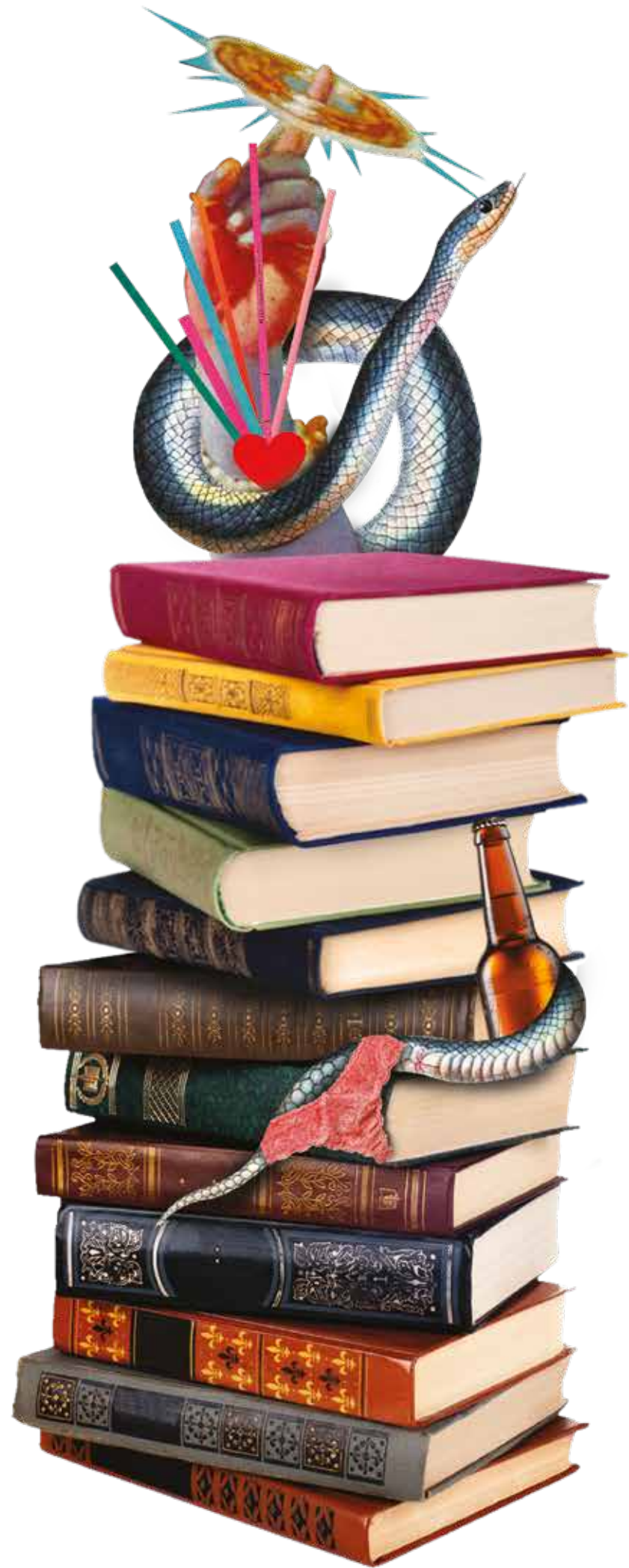
A diferencia de Lucho, Simón no apelaba a máximas morales o a argumentos técnicos para justificar la compra de libros. Claro, no me refiero a sus propias compras, las cuales efectuaba con el mismo impulso irrazonado con que se sucedían sus diástoles y sístoles; hablo de que, al tratar de vencer al prójimo de que debía embarcarse en una transacción bibliográfica, solía recurrir a un singular expediente. Consistía este en frases redondas, casi diría literarias, cuyo poder de convicción residía exclusivamente en su oportunismo y no en su hondura filosófica. Pude conocer ese *modus operandi* a propósito de un curso de estructuralismo antropológico con el que me había comprometido, y en el contexto del cual no hacía otra cosa que lamentarme por los muchos libros de Claude Lévi-Strauss que necesitaba y no tenía en casa. En uno de esos lances, reconocí ante Simón que, por desgracia, el faltante de *Las estructuras elementales del parentesco* en mis estantes era del todo grosero. Entonces mi amigo, con el repentismo de un trovador, dijo: “Nada mejor que darse cuenta que a uno le falta un libro. Entonces tiene que salir a comprarlo”. De muy poco me sirvió aducir que el tratado del sabio francés estaba agotado: al otro día recibí un correo electrónico de Simón con el enlace de una librería virtual en la que aquella joya era ofrecida por sesenta dólares. El lector adivinará que di el fatídico clic.

Otra vez, mientras adelantaba con Simón un asunto común por los lados del estadio Atanasio Girardot, no pude evitar que me acompañara a una librería —para colmo, la mejor surtida de la ciudad— en la que debía averiguar un libro que pensaba regalar a mi hijo. Se trataba de un cómic sobre la vida de Salvador Dalí que ya tenía visto, pero a propósito del cual había incubado una duda de última hora sobre la conveniencia de ponerlo en manos de un niño de 12 años —todo porque, en una viñeta, el pintor se quejaba de que García Lorca quería sodomizarlo—. A pesar de eso, el libro era una rutilante preciosidad por sus trazos y colores, y es posible que, como yo mismo no podía resolver el asunto, buscara inconscientemente la ayuda de un Simón que, bien sabía, iba a recomendarme la compra con alguna de sus frases cínicas. En efecto, así lo hizo, pero de un modo que yo no esperaba y que tuvo, por supuesto, resultados catastróficos; y fue que, habiendo descubierto que en la librería también

había una historia en cómic sobre Velásquez, y habiendo invitado a mi amigo a que me indicara cuál podía ser la compra más indicada, el muy majadero no tuvo ningún escrúpulo para decirme: “Cuando uno duda entre dos libros, lo más indicado es comprarlos ambos”. Al otro día —pero mi esposa no lo supo jamás— no pude pagar la factura de los servicios públicos.

La última osadía de Simón tuvo lugar hace apenas un par de meses, en la víspera de que se otorgara el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año 2017. Fiel a una práctica que tanto tiene de compulsión consumista como de emocionante apuesta literaria, pasé por la librería de la Cooperativa de Profesores de la Universidad de Antioquia para comprar un libro del escritor que, a mi juicio, iba a ganar el celebérrimo galardón. De acuerdo con mis cálculos, el premio podía ganarlo un novelista español: por un lado, la Svenska Akademien había desbarrado en géneros profanos durante los últimos dos años, y por otro, los ibéricos no se alzaban con la distinción desde hacía 28 años, cuando la recibió el deslenguado Camilo José Cela. Así que le puse todas mis fichas a Javier Marías. Por razones que no viene a cuento precisar, no pude deshacerme de Simón en mi visita a la librería; de todos modos, no me angustió: sabía que, a lo sumo, allí había dos libros del madrileño, y sabía también que en mi bolsillo había un discreto superávit que justo me permitiría comprar ambos volúmenes, si era que mi amigo optaba por otro más de sus consejos arteros. Sin embargo, a fuer de sincero, debo decir que él no abrió la boca mientras estuvimos entre los estantes de la cooperativa y que fui yo quien, por mi propia voluntad, me empecé en comprar *Corazón tan blanco* y *Mañana en la batalla piensa en mí*. Simón vino a destilar su ponzoña solo al otro día. Apenas me topé con él, me dijo: “A mí me olía que el premio se lo iba a ganar Ishiguro, pero no te quise dañar el entusiasmo que tenías con Marías. Si querés, al mediodía te acompaño otra vez a la librería. Allí estaban *Los restos del día* y *El gigante enterrado*”. Un obsequio como yo no puede hablarse con tanta precisión.

De Simón no he podido librarme, y si soy sincero, tampoco de Lucho, quien de un tiempo para acá no ha tenido empacho en atormentarme con las preciosas enciclopedias juveniles que ha comprado para mi ahijada. Si pergeñe estos párrafos en el engañoso pretérito de las historias consumadas, fue solo para, mientras escribía, vivir la ilusión de sentirme a salvo de su peligrosa amistad. ☺



Verde Sano
comida saludable

Desde 2009

Lunes a viernes 8am - 6pm
Calle 49b #64C - 35
Brasilia 3 Local 102
verdesanomed@hotmail.com
Fb: verdesano

Alimentación saludable
Basada en productos orgánicos
de manos campesinas
Carne magra
Elaborados en base a
aceites esenciales

PARRILLA Otrabanda
al Carbón
DESDE 2012

Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes,
Hamburguesas, Parrillada,
Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla
Lunes a Jueves hasta las 9pm,
Viernes y Sábados hasta las 10pm
los Domingos cerramos a las 5pm

Feliz día de la mujer

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55

otrabandaparrilla

otrabandaparrilla

Horacio Gil Ochoa (1930-2018)

El viejo fotógrafo Horacio Gil Ochoa se hizo célebre por sus imágenes de ciclismo. Durante tres décadas recorrió Colombia como un pedalista más, solo que no dándole a la bicicleta sino montado en una moto en la que perseguía a los corredores y desde la que disparaba sus fotos con una cámara de mediano formato. Horacio Gil es el autor de muchas de las tomas que conocemos de las primeras vueltas a Colombia y por las que les guardamos tanto respeto a los campeones de la época: las de los ciclistas atascados en barriales o atravesando quebradas que cortaban unas barrancas a las que les decían carreteras. Esa porción de su obra fotográfica bien podría llamarse “barro, sudor y lágrimas”. Por lo menos en nuestro país, Gil fue el primero en notar que los ciclistas, sucios, raspados y extenuados, eran una suerte de mártires cuyos calvarios merecían ser fotografiados. Y, de paso, a los habitantes de las ciudades nos mostró la geografía de un país rural y campesino que siempre nos ha quedado muy lejos. Pero también hizo otras cosas, como retratar a Pelé en 1960 en el Atanasio Girardot, cuando vino a jugar un partido con el Santos. E imágenes no relacionadas con el deporte, como un extenso registro industrial de Medellín y Antioquia en los años en que florecieron las textileras y las siderúrgicas. Suyas son también otras imágenes de un ciclismo mucho más civilizado, como el Tour de l'Avenir en Francia durante la década del ochenta. Con la muerte de Horacio Gil Ochoa se desvanece otro trozo del siglo XX. Perdemos, además, a uno de los últimos grandes maestros de la fotografía análoga. Con él desaparece otro integrante de una antigua generación de fotógrafos de película en blanco y negro —ya solo queda un puñado, cada vez más minúsculo— que andaban por el mundo haciendo buenas fotos. Su archivo entero se conserva en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



Alto de La Ceja, 1969.



Paso por el páramo de Letras, 1967.



Doble a Pácora, 1958.

En su compromiso con el cuidado del ambiente y la calidad del aire, EPM ofrece energía solar fotovoltaica

La energía solar fotovoltaica consiste en la transformación directa de la radiación solar en energía eléctrica para el servicio de la comunidad.

El Centro Comercial El Tesoro fue el primer cliente en sumarse a las soluciones integrales que ofrece EPM pensadas para el bienestar común y el cuidado del ambiente.

Con la energía solar EPM se abastecerá el suministro de energía de las áreas comunes del Centro comercial.

Esta oferta es adecuada para usuarios con altas necesidades de energía en sus operaciones y que disponen de amplias áreas en techos o terrenos para realizar la instalación de los paneles.

Además de los beneficios económicos de la energía solar, el aporte al cuidado del ambiente es alto. Por ejemplo, se calcula que la energía solar generada por un sistema solar fotovoltaico, de 100 kilovatios (kWp), instalado en Medellín, compensa anualmente 28 toneladas de dióxido de carbono (CO₂) en promedio, lo que equivale a tener 1.492 eucaliptos maduros absorbiendo CO₂ y al consumo eléctrico anual de 81 hogares.

EPM desarrolla y ofrece un portafolio integral de servicios que impulsa el uso de energías renovables (energía solar, eólica e hidráulica), que son amigables con el ambiente.



EPM innova con energía Solar



El rock
en
Antioquia
está en
Radiónica
99.9FM

radiónica  RTVC

Cultivar el asombro

*Las diminutas dichas que se aferran
con sus mínimas garras a la vida,
¿serán el porque sí de todo?*

Eliseo Diego, *Álbum para pegar láminas*



Hace treinta años, durante unas vacaciones universitarias, leí la novela póstuma de Truman Capote, *Plegarias atendidas*. Era la novedad literaria del momento, traducida a muchos idiomas y considerada imprescindible por los críticos de entonces. Su importancia ha ido diluyéndose con el tiempo. Fue flor de un día, como casi todo. El librito yace descolorido en un rincón cualquiera de mi biblioteca. No recuerdo los detalles de una historia de escándalos y chismes, la memoria es imperfecta e impredecible. Pero hay dos fragmentos que me quedaron grabados, impresos para siempre en la memoria.

Uno de ellos narra el encuentro casual de uno de los protagonistas, un joven estadounidense recién llegado a París, aspirante a novelista y vividor profesional, con la escritora y periodista francesa Colette. En un momento de candidez, ante una pregunta de su célebre interlocutora, el joven hace una confesión: “No sé qué espero de la vida, pero sí sé lo que me gustaría ser, un adulto”.

La respuesta de Colette es inolvidable (lo fue para mí, al menos): “Eso es lo que ninguno de nosotros podrá ser nunca, una persona adulta [...] Libre de malignidad, envidia, codicia y culpabilidad. Imposible. Voltaire, incluso Voltaire, llevó un niño entre sí toda su vida,

un niño envidioso y malgeniado, un muchacho obsceno que siempre se olía los dedos. Y Voltaire llevó ese niño hasta su sepultura como harems todos nosotros hasta la nuestra. Lo mismo podríamos decir del papa en su balcón, soñando con la carita perfecta de un guardia suizo. Y el juez británico bajo su exquisita peluca, ¿en qué piensa cuando envía un hombre a la muerte? ¿En la justicia, en la eternidad y en cosas serias? ¿O acaso se pregunta en cómo se las podrá arreglar para que lo elijan miembro del Jockey Club? [...] Tenemos por supuesto algunos momentos adultos, dispersos aquí y allá, y de ellos, el más importante es la muerte”.

El segundo fragmento es trivial en apariencia. Un pequeño paréntesis, una anécdota menor en la novela y en la vida del protagonista. Este llevaba ya

varios meses viviendo en Nueva York. La fascinación inicial comenzaba a diluirse, a romperse poco a poco bajo el peso infinito de infinitas miradas. Su protectora de entonces, una escritora decadente y dominante, le dio a cumplir una pequeña tarea. Una sobrina venía a Nueva York de visita y debía llevarla a recorrer la ciudad, a pasear de nuevo por las calles que había recorrido meses atrás con la felicidad del recién llegado.

“Recuerdo esos días con nostalgia... Fue como meterme en su cabeza y poder así observarlo y saborearlo todo desde ese observatorio virginal”, confiesa el protagonista. Treinta años después aún recuerdo esta anécdota literaria, perdida en una novela ya olvidada. No pretendo buscar explicaciones

a los caprichos de la menoría (es un ejercicio especulativo). Basta con decir, por ejemplo, que en algún momento, durante los primeros días del año, con la luz renovada del mes de enero, muchos hemos experimentado la felicidad de sentirnos turistas en nuestra propia ciudad. La felicidad de abrir los ojos y salir momentáneamente de la sombra de la rutina.

Hace cinco años, en unas vacaciones, mientras hacía fila en un aeropuerto, leí un fragmento similar, una anécdota personal de otro escritor estadounidense, George Saunders. Volaba Saunders de Chicago a Siracusa. De repente oyó un ruido seco en un costado del avión. Un humo negro llenó la cabina en pocos segundos. Saunders comenzó a repetir irracionalmente “no, no, no, no...” mientras el piloto, con inocultable pánico en la

por ALEJANDRO GAVIRIA U.

Ilustración: Titania Mejía

voz, les pedía a los pasajeros permanecer sentados con sus cinturones abrochados. Saunders solo atinó a cogerle la mano a una pasajera que lloraba calladamente del otro lado del pasillo. Así estuvieron por varios minutos, congelados, esperando la muerte. Al final no pasó nada: el avión regresó a Chicago y aterrizó sin problemas. Los pasajeros pudieron seguir con sus rutinas. Simplemente habían sumado una anécdota más a sus vidas.

Pero cuenta Saunders que durante los días siguientes al incidente vivió en un estado de excitación. Disfrutaba cada instante. Saboreaba cada bocado. Apreciaba todos los colores, todos los pliegues de la realidad. Había recuperado su capacidad de asombro. La inminencia de la muerte le había devuelto la vida. “Si uno pudiera caminar así todo el tiempo, con la conciencia de que todo va a terminar, ahí está la clave”, escribió después.

Varias décadas atrás, Carl Sagan había dicho lo mismo de forma aún más directa: “Estar a punto de morir es una experiencia tan positiva, tan formadora que la recomendaría a cualquier persona, salvo, por supuesto, por el irreductible y esencial elemento de riesgo”. No hay mejor descripción del “efecto Saunders”.

Yo también experimenté el “efecto Saunders”. De una manera diferente pero comparable. Una mañana me levanté con una sensación de llenura, abotagado, inapetente. Doce horas después estaba recibiendo una noticia inesperada que cambió mi vida para siempre: “Usted tiene cáncer”. Nada más y nada menos. Ya contaré los detalles del diagnóstico y el tratamiento. Más allá de los aspectos terapéuticos o clínicos, de la inclemencia de la enfermedad, el cáncer me cambió la vida. Me hizo sentir como el personaje de Capote (y su perspectiva virginal) y como Saunders (y su conciencia de la mortalidad).

Ya había superado la mitad de mi tratamiento. No tenía un solo pelo en el cuerpo, con la excepción, quizás, de algunas hebras hirsutas que mal poblaban lo que habían sido mis cejas. No había perdido toda la vitalidad. Pero una infección me estaba enloqueciendo.

Literalmente. No paraba de toser. Tosía de día y de noche. Sin tregua. Como un prisionero a merced de un torturador perverso que había encontrado una forma eficaz de cumplir su cometido. Estaba listo para confesarlo todo.

Pasé un fin de semana en el hospital. La tos solo era interrumpida por los cambios de turno de las enfermeras que medían escrupulosamente mis signos vitales. La fiebre iba y venía de manera caprichosa. Los antibióticos parecían ser capaces de mantener a raya a la infección, pero no de eliminarla por completo. Con el pasar de los días me fui llenando de un desgano inédito, de una falta de vitalidad que no había experimentado jamás.

Llegué a la casa un lunes al mediodía (al día siguiente jugaba la selección Colombia en Barranquilla). Me recosté en la cama a celebrar mi regreso a la vida, el asombro de estar vivo. Hice, entonces, un recuento de las cosas que me gustaría hacer. Quería compartir la lista con mi esposa y mis hijos. Las escribí en el teléfono lentamente, secándome las lágrimas cada cierto tiempo.

Decidí publicar la lista en una red social. Fue un impulso repentino, no meditado. Probablemente quería llamar la atención sobre la dimensión más obvia de la felicidad: la de contemplar el mundo, la de estar vivo. La lista causó una pequeña conmoción. Fue compartida y leída por mucha gente. Caí en cuenta, entonces, de que de vez en cuando, cada cierto tiempo, vale la pena mirar el mundo con los ojos nuevos del turista o del condenado.

Cosas que me gustaría hacer

Quinta Camacho hasta la librería Sanlibrario, comprar dos libros viejos, devolverme caminando, pensando en los problemas y las inclemencias del día, llegar a la casa, acariciar los libros, leerlos a medias, ubicarlos en la biblioteca y sentir que desde allí, de lejos, como si irradiaran algo, me hacen feliz.

Abrir el periódico, escoger una película al azar, cualquiera, sin grandes estrellas, llamar a mi esposa, encontrarnos, entrar a cine, ver la película, tomarnos después un café y hablar sobre la vida, los hijos que siempre nos sorprenden, la tragicomedia de las oficinas, las películas que hemos visto y las que hemos dejado de ver.

Salir al parque con mi hijo y hablar, cogidos de la mano, mientras damos vueltas y vueltas, sobre los temas de siempre, la raza del próximo perro, la diferencia de los gatos (casi como la del universo), la inutilidad de las tareas y los videojuegos (que son como la vida).

Salir de la casa con mi esposa avanzada la tarde, dar la vuelta a la esquina, entrar al restaurante italiano, sentarnos en una mesa, no frente a frente sino del mismo lado, pedir una botella de vino y brindar porque estamos juntos y porque estar juntos es suficiente razón para brindar y brindar.

Pasaron las semanas. La tos no cesaba. La tortura no amainaba. Las inclemencias del tratamiento no disminuían. Yo seguía aferrado a una suerte de resignación estoica o de estoicismo resignado. Encontré, entonces, un refugio en la poesía. En las admoniciones de los poetas, en sus llamados a disfrutar las diminutas dichas. “Estoy cayendo precipitadamente en la autoayuda”, pensaba por momentos. “Pero qué más da, en últimas casi todo es autoayuda”, respondía, indulgente. En nuestras conversaciones íntimas, todos solemos pasar de la ironía a la autocomplacencia.

Un domingo en la tarde, mientras daba vueltas por un centro comercial enfrascado en mis pensamientos, compuse otra lista heterogénea, otra invitación a valorar las delicias de lo habitual. Llegué a la casa, transcribí la lista en el

celular y decidí compartirla nuevamente. Ya tenía menos escrúpulos sobre la autoayuda. La poesía, en última instancia, no es más que una forma sublime de celebración y de protesta, una forma sofisticada de autoayuda, de asumir el absurdo de la existencia sin renunciar a los desafíos de la libertad.

Las diminutas dichas

Los escasos segundos entre el trueno rotundo que nos despierta y la lluvia difusa que nos arrulla otra vez.

El instante en que nos damos cuenta de que la inercia de la responsabilidad no tiene sentido y podemos seguir durmiendo, pues nadie nos espera un lunes festivo temprano en la mañana.

El asombro cuando miramos el cielo al final de la tarde y vemos la luna completa, perfecta: una presencia rutinaria pero sorprendente, un milagro repetido, predecible.

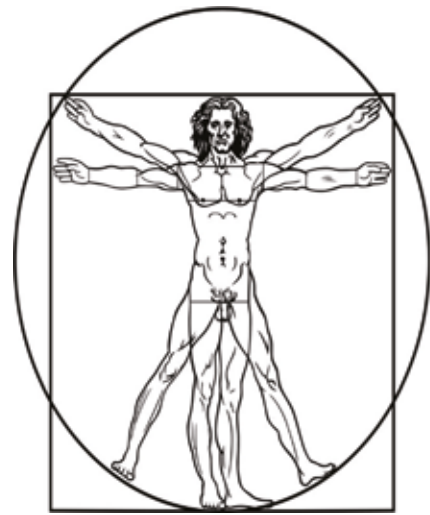
El domingo en la mañana con sus horas lentas y felices, que nos hacen olvidar lo que vendrá unas horas más tarde, la soledad de la existencia.

Los días previos a un viaje de vacaciones: la sensación de un nuevo comienzo, de un rompimiento: la promesa de la felicidad, que es la felicidad misma.

Hay otras pequeñas dichas que no menciono. La luz de la mañana, la luz de la tarde, una mano en la mano, una boca en la boca, el viento en la cara... “He sido feliz varias veces, casi todas tienen que ver con el viento en la cara”, escribió alguna vez un novelista estadounidense.

Yo también he sido feliz algunas veces. Muchas de ellas tienen que ver —no puedo negar al calvinista que hay en mí— con el deber cumplido: un viernes en la tarde, después de una jornada ardua, de terminar un escrito, dar una conferencia o liderar una reunión con éxito, tomarme tranquilamente una copa de vino en compañía, con la convicción íntima de haber hecho la tarea, de haber tratado de hacer las cosas bien. Los ascetas también tienen sus placeres, también viven las diminutas dichas, los momentos felices. ☺

*Capítulo del libro inédito
El cáncer es como la vida



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor
agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Federico Ríos
Sin título
Fotografía
2016

"Vanesa tenía 21 años cuando parió a Manuela, su tercera hija. No sabe cuándo ingresó a las Farc: 'Yo he sido siempre de aquí', me dijo cuando le pregunté por cuánto tiempo había usado el uniforme camuflado".

⁴Hace parte de la exposición *Movimientos de la imagen II* Museo de Antioquia, febrero 21 a mayo 6.



El último romántico

por JUAN DAVID JARAMILLO

No logro fijar su rostro. Aun haciendo el ejercicio racional y minucioso de reternerlo, se me escapa. Y me pregunto si en ese afán suyo de dibujarlo todo, de editarlo todo, de pervertirlo todo; terminó convertido en una abstracción, una viñeta aprendida de sí mismo.

—Entonces usted creció en el barrio La Raya, en Itagüí, pero luego se fue a vivir a Barrio Antioquia, en Medellín, a una casa que tenía su papá.

—Sí, mi papá se separó de la otra familia que tenía y mi mamá y mis hermanos nos fuimos a vivir con él.

—¿Y de esta familia usted es el mayor de tres?

—Sí, tengo 43 años ya.

—¿Desde cuándo usa gafas?

—Desde los quince años más o menos.

—¿Debido a qué?

—Miopía.

—Sin gafas no puede ver de lejos.

—Nada, pura bruma.

—¿No es eso lo que quiere un dibujante, tener una visión cercana de las cosas, abstraerse del entorno?

—Sí, pero no así.

—¿Cuadradas y grandes siempre?

—Sí. Decidí comprar algo que tuviera personali-

dad. No tratar de disimular con un marco pequeño o delgadito. Son como un antifaz. Tal vez tengan que ver con ese cuento de Clark Kent y Superman: lo único que los diferencia son las gafas. A veces me las quito y no me reconocen.

De ese antifaz de pelo y gafas, del que se me escapan los ojos, penden una chaqueta inglesa de paño y una camisa larga de cuello en puntas y puños ajustados, por la que se escapan unas manos largas de abedul que custodian un fuego y un espiral de cenizas frágiles. Una correa de taches metálicos lo parte en dos y deja libres, oscilando, unos pantalones negros y ajustados que terminan en dos botines puntiagudos de cuero opaco. Si lo viera caminar hacia mí, de lejos, no podría afirmar con certeza si eso que viene rayando la acera es una pluma de dibujo de un metro noventa, o una calavera esbelta, con traje y corbata, nacida —buena coincidencia para un dibujante— en La Raya.

—¿Y el pelo? En las fotos que vi de su infancia y adolescencia tenía, no solo las gafas grandes y cuadradas, también ese mismo corte de pelo tapándole la frente y las orejas.

—Aún hoy es mi mamá la que me corta el pelo; solo a los veinte años lo tuve largo hasta la cintura. No me gusta que un desconocido me toque la cabeza.

—¿Por qué?

—No sé. Me parece horrible.

—¿Cuántos años tiene su mamá?

—Setenta y dos.

—Pero no vive con ella hace rato.

—No, no, mis hermanos sí...

—En esas fotos que le mencioné también vestía camisas de manga larga y cuello en punta, sacos y chalecos. ¿Estaba construyendo algo desde pequeño, como con el dibujo?

—Pero no sé si era consciente.

Por la cercanía a su casa en el barrio Trinidad, o Barrio Antioquia como también es conocido, la familia de Pablo optó por el colegio La Salle de Guayabal para que terminara su bachillerato. Salió en 1992 y empezó a estudiar publicidad en el Instituto de Artes, una universidad pequeña ubicada en el Centro de Medellín, extinta por entuertos administrativos. Se graduó en 1996 y trabajó dos años como graficador en empresas de publicidad (Zeta Colina y Esquema Publicidad) y luego conformó un equipo de trabajo con sus amigos, al que llamaron Plan Nueve; y con Createl, una casa productora para hacer dibujos animados. De ese grupo salieron dos pilotos para televisión: la serie animada *La Capucha Roja* y el falso documental *Buscando a Wilmar*, con los que viajó a Bogotá. Allí trabajó con una productora audiovisual (Teleset) durante siete años. Hasta que decidió irse a España con una novia a probar suerte. La crisis económica lo devolvió flaco y soltero.

Los años de estudio en la universidad y de trabajo en litografías le sirvieron para saber que no quería ser publicista. También para afinar el conocimiento de procesos editoriales, especialmente en diagramación. Lo que elevó la calidad de sus primeras publicaciones.

—En 1993 asistí a una feria del libro en el Palacio de Exposiciones, aquí en Medellín. Tenía poca plata y me tocó decidir entre comer o comprar una revista de cómics que me gustó desde que la vi; tenía la portada blanda, plastificada, policroma, y doce páginas interiores en escala de grises, perfectamente diagramadas en tamaño carta y con hojas de buen gramaje. Me la vendió usted por mil pesos. Es esta...

—A ver, ¡juemadrel!, esta es la *Agente Naranja* número uno. De esta hubo una número cero, también. Salieron cinco ediciones. Luego publicamos *Cítrico Extra*, una versión más pequeña de *Agente Naranja*; *Prozack*, que era de cómic; *Putá Vida*, un fanzine mío; y tres ediciones de *Santa Bisagra*... Y aparte de eso estaban los manes de Sudaca Cómics, Marco Noreña, y Wil, publicando *Culo*, *Banano*, etc. Esa que tienes fue una de las primeras publicaciones que dirigí y en las que participé. Una revista de cómic y humor, básicamente.

—¿De dónde salió la idea de esta publicación?

—Nos reunimos cuatro amigos a hacer humor gráfico e historietas de forma muy personal, guiados por los gustos de cada uno: había humor ácido, liviano, con ínfulas artísticas, con mucha sátira. Fue una de las primeras cosas que pasaron en Medellín en cuanto a cómic. No somos pioneros, pero en los noventas hubo un *boom* en el que participamos fuertemente. Con Wil,



Santa Bisagra N°1.

Alejandro Lobo, Pipe, Diego Tobón, éramos la Junta Directiva de *Agente Naranja*. Luego se unieron otros: Eddy (La Piquiña), Alejandro Eusse, Fossy, y otros a los que ya les perdí el rastro. Eso fue hace rato, yo apenas tenía 24 años. Pero casi todos, desde pequeño, los había pasado dibujando.

—En *Agente Naranja* usted firma como Flakoz y lo que dibuja allí es un extraterrestre existencialista que es dejado a la deriva en un planetoido por su única compañera. ¿Adónde se fue ese ruido de la violencia de los noventas, intentó anular la estridencia forzosa de los narcos con cómics?

—Como todos, aprendimos a vivir en medio de todo eso. Ahí está *Santa Bisagra* en respuesta. Mano, fui metalero y punkero, pero nunca me encerré en nada. No me interesaba inscribirme en nada porque en todas partes había cosas buenas y malas; era mejor ver el panorama. Los punkeros y los metaleros fueron los primeros en hacer fanzines, por ejemplo. Yo siempre tuve el deseo de explorar medios y vainas, y de aprender.

—Hubo un asomo de problemas legales por *Santa Bisagra*, ¿no?

—Sí, en la feria del libro del 97 las directivas se dieron cuenta de que teníamos esa revista y otros cómics a la venta, y llegó un mojigato a decir que por ahí pasaban niños y que el evento era educativo y llamaron a la Fiscalía y armaron un pedo. A raíz de eso hicieron una purga y sacaron todo lo que tenía metal, punk, una cresta o un motilado raro. En pleno gobierno de Samper con lo del escándalo de corrupción del Proceso 8000. Después de eso los de la Fiscalía nos hacían visita en las casas y los trabajos con cualquier excusa boba. En los medios salimos anunciados como “el brazo editorial de una secta satánica promoviendo el suicidio”. Y con falsos testigos en silueta diciendo que habían recibido la publicación. Nos tocó llamar a decir que nos estaban jodiendo, que comieran mierda. Y bueno, todavía está a la venta si estás interesado.

—¿Todavía tiene ejemplares guardados?

—Sí. Ja, ja, ja...

—Fue un éxito en ventas, entonces. Me llevo una antes de que se acaben. ¿La *National Lampoon* y la *Mad* fueron alguna vez referentes?

—Las conocíamos pero no nos llamaban la atención. Estábamos mirando para otro lado.

—¿Para dónde?

—Había una revista española que se llamaba *El Víbora*. Puro cómic *underground*. Tenía autores de muchas partes del mundo: Robert Crumb, Cherton, Liberatore, etc. Era una revista muy consolidada, políticamente incorrecta. La mamá de todos nosotros. Llegó como diez años después aquí, pero habían empezado a distribuirla por correo después de la dictadura de Franco, en los ochenta más o menos. También había otras de cómic fantástico como *Heavy Metal*, *Fierro* de Argentina. Nos íbamos nutriendo entre nosotros: cada uno

tenía su colección limitada de revistas. Nos las íbamos prestando y conversábamos sobre lo que veíamos.

—¿Nosotros, quienes?

—En esa época, los mismos: Marco Noreña, Andrés Buitrago, Tebo, Wil, Truchafríta, Joni B., etc. Nos parábamos en las Torres de Bomboná a hablar de cómics y música.

—¿De cómic latinoamericano qué más se veía?

—*Memín Pinguín*, *Condorito*, todos esos cómics de editorial Novaro, mucho de México y Chile. Cómics picantes y fotonovelas, muchas en sepia y en blanco y negro. A los de nuestra generación les tocaba alquilar en los barrios las revistas. Cobraban como cinco pesos por un día entero. O menos si uno la leía en el alquiladero. Yo alquilaba puras revistas *Vaquero*. Un western a color.

—¿Y porno?

—Pero esas las vendían en las farmacias. El primer cómic que me compré se llamaba *Wallestein il Mostro*. Pura serie Z italiana. Era sobre un hombre que podía cambiar su cara por la de otra persona. Siempre había una o dos rubias que violaban, o torturaban o cualquier cosa. Yo la compré por el monstruo y cuando la abrí dije: ¡Wow, qué es esto! Fue mucho antes de conocer *El Víbora* y tantas otras.

—¿Usted es un Wallestein del cómic?

—Ja, ja, ja... Hombre, puede ser. Puede ser que me mimetice con otras cosas... Pero igual sigo siendo yo. El personaje, en cambio, siempre engañaba a los otros con lo que hacía...

—¿El arte no juega un poco a eso?

—Pero yo siempre pongo la cara en lo que hago.

—¿Hay una intención decididamente provocadora en todo lo que hace? Tengo la sensación de que por el trato que le da en sus cómics a temas como el racismo, la misoginia, el homosexualismo, a veces no es comprendido estéticamente.

—Yo creo que por estos días es más provocador ser políticamente correcto.

—Empezando tuvo problemas con el humor negro, ¿no?

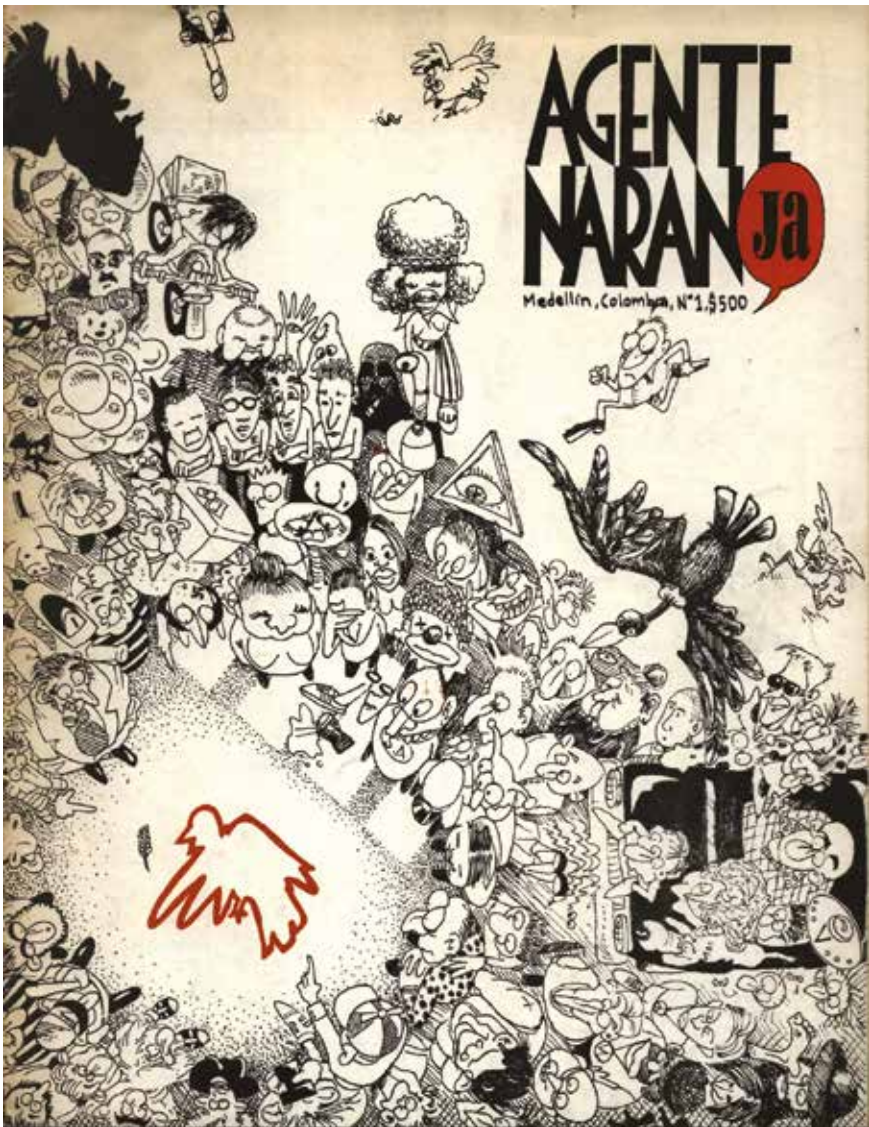
—Sí, lo que te conté con *Santa Bisagra*, hace veinte años, cuando vender una revista en la que se mostraba una triple penetración no funcionaba en una feria del libro. Aunque tenía otras cosas, no solo porno, había poesía, religión, manuales para ahorcarse, Artículos sobre pedofilia, letreros de animales perdidos... ¡Pero es que no existía ni internet!

—En una ciudad tan goda como Medellín eso era un ataque directo.

—A la institución, sí, a la autoridad...

—A lo establecido...

—Total, total. Pero más que provocación era transgresión, porque todo lo que usábamos eran las mismas imágenes de los medios. Reutilizábamos cosas del periódico *El Espacio*, por ejemplo. Alguna vez, con la imagen de un decapitado publicamos un texto humorístico.



Agente Naranja N°1.



Zinema Zombie Fest Bogotá, 2011.

Le estábamos mostrando a la gente lo mismo desde nuestro punto de vista.—¿Y por qué esa decisión de hacer énfasis?—Teníamos premisas en esa época: hacer lo que nos diera la gana. Sin filtros. Y crear un sacudón en los espectadores con un cambio de sentido. Era propiciar un ambiente de autorrevelación para quien lo estuviera viendo. Inicialmente estábamos muy aburridos y muy deprimidos y luego nos dimos cuenta de que teníamos un poder que podíamos utilizar de forma política. No eran chistes ramplones sino invitaciones a hacer una segunda lectura de las cosas. Así logramos tres ediciones de *Santa Bisagra*. Luego cada uno se fue a hacer lo suyo. Vivíamos en un entorno de barrio donde estaba enquistada esa violencia grande. Sin humor no se sobrevive porque todo se vuelve grave y siniestro. Aún cuando fuera un chiste en una situación horrorosa eso ayudaba a llevar la situación, o a comprender las cosas.

—¿Hay una intención marcada de extender la idea que tiene de narrar?

—Sí, claro, hay una idea que ronda en diferentes medios. Es tomar todo lo que haya a la mano para contar historias. Ahora estoy concentrado en hacer cómic y música.

—¿Ha correspondido eso a una década, a una corriente estética?

—Puede ser que sí, pero inconscientemente. —¿La música ha influido en esa estética? Le gustan mucho las camisetas de grupos musicales...

—Pero más como fetiches.

—Por eso las usa debajo de las camisas...

—Sí.

—Con estampados de bandas de metal.

—Venom, Masacre, Dream Theater... Yo escucho de todo, y cada género tiene una manera de vestir. Cuando voy a poner música o hay una fiesta especial es como vestirse de gala.

—¿En ese momento es usted o un personaje?

—Con el Último Romántico es un *performance*. Una manera de hablar y de tratar a la gente en un ambiente y un escenario especial para eso. Es ser el personaje pero también el concepto de la fiesta.

—¿Quién es el Último Romántico?

—Todo el que se atreva a cantar en público. Comenzó como una fiesta que hice en Barcelona hace diez años para escuchar música romántica. Aunque en Bogotá ya había hecho cosas; en Europa no existían bares de ese tipo de música, como sí los hay en México o Colombia. Comencé con un grupo en Facebook en el que montaba videos, y me empecé a conectar con la gente. Luego vinieron los eventos, y las fiestas de karaoke. Me visto para la ocasión, hago sonar mi colección de elepés, pongo un video proyector con baladas románticas y aliento a la gente a que salga a cantar en vivo y a que pida canciones, a que se sumerja en las letras, en la música, en esa estética.

—¿Qué le gusta de ese tipo de música, su mamá escuchaba baladas románticas?

—Sí, como casi toda la gente de esa época. Lo que me marcó fue un estilo de música irreplicable: la música romántica. Que a pesar de que contenía muchos géneros seguía conservando el sentimiento puro. Era cantar desde el corazón las vivencias de quienes escribieron esas letras. Sea lo que sea, porque dentro de la música romántica hay balada,

rocanrol, disco; Amanda Miguel, por ejemplo, hizo heavy metal... No sé quien de los dos es el que está perdiendo más / no sé si te das cuenta con la estúpida que estás / yo sé que no podrá quererte como yo / así no te amaré jamás.

—¿Y Leonardo Favio, punk, con Mi tristeza es mía y nada más?: Que nadie me hable del amor / para mí la luna es un lugar / que parece ser azul / solo mi tristeza es realidad.

—Claro, es que había hasta grupos de rock progresivo de los setentas que tenían baladas con versiones en español. En los ochentas y a principios de los noventas, por ejemplo, a los de Poison y Whitesnake los productores les pedían baladas, y eso fue lo que pegó aquí.

“Amorcito”, así llama Pablo a su novia y compañera desde hace tres años, María Luisa Isaza. Ella, de pocas, casi ninguna palabra y un talento admirable, trabaja como diseñadora gráfica en Medellín. Creadora, entre muchas otras cosas, de ilustraciones en las vallas públicas, una especie de “pinturas digitales”, que conocemos del Parque Explora. Viven juntos en un segundo piso en el barrio Belén Granada. En un rezago de tapias, techos de cañabrava y baldosas coloridas de una casa que está en pie desde los años cincuenta. Por mascotas han tenido un periquito y un conejo, que ahora custodian desde la nada, convertidos en recuerdos y dibujos; las abundantes colecciones de cómics; la colección de elepés de diversos autores y géneros; los baúles con casetes de VHS de películas serie B y Z; los modelos didácticos de cuerpos humanos; la colección de especias y pimientos picantes; y muchas plantas, *philodendros*, limones y zamioculcas las preferidas. Se respira amor, y humo de los cigarrillos que Pablo enciende constantemente mientras conversamos.

—¿Quién más ha sido usted, Pablo? —le digo mientras le paso mi segunda cerveza para que la destape con el culo de un encendedor chino.

—Pablo Marín Ángel, Flakoz, FKZ, El Señor Juanito, Sudacateka, Cinema Zombi, Carcomeme, Prozack, el Último Romántico, Zafiro Zafiro...

—¿Quién fue el primer romántico?

—Un hombre en una caverna, seguro. Por ahí debe seguir pintada en rojo su mano entre estalactitas.

—¿Por qué si el amor es amor y lo es desde siempre yo debo cambiar?

—Mano —contesta con desenfado mientras se empuja con el índice las gafas—. Te ganaste una invitación al primer concierto de Zafiro Zafiro, mi nuevo grupo de tecnobalada.

—Solo quería citar...

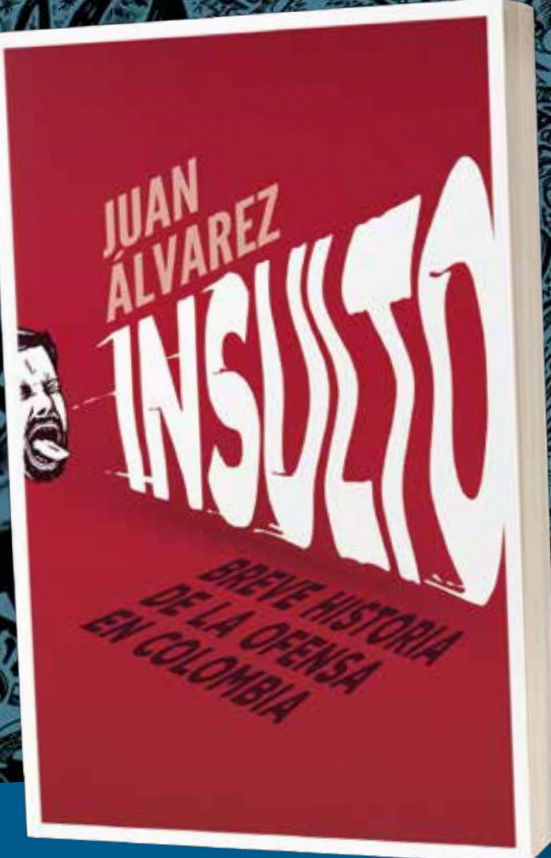
—Claro, Nicola.

—¿Lo voy a ver cantar en vivo?

—Y yo a usted, señor Di Bari. ☺



Macho y Puta.



En tiempos en los que la ofensa cobra protagonismo en el discurso público y se asume como símbolo de la decadencia de nuestra sociedad, este ensayo nos recuerda que el insulto no es necesariamente una renuncia a la inteligencia, una expresión de la vulgaridad o el comodín de los débiles, sino una forma alternativa de ejercer el poder.

Grupo  Planeta | Creemos en los libros  /PlanetaLibrosCo  /PlanetaLibrosCo  /PlanetaLibrosCo

WWW.PLANETADELIBROS.COM.CO

¿Francia no pide visa y todavía no hablas francés?

Aprende francés en:

Aguacatala
C.C. Los Molinos
Parque San Antonio

 70 años
Alliance Française
Medellín

444 2620
medellin.alianzafrancesa.org.co

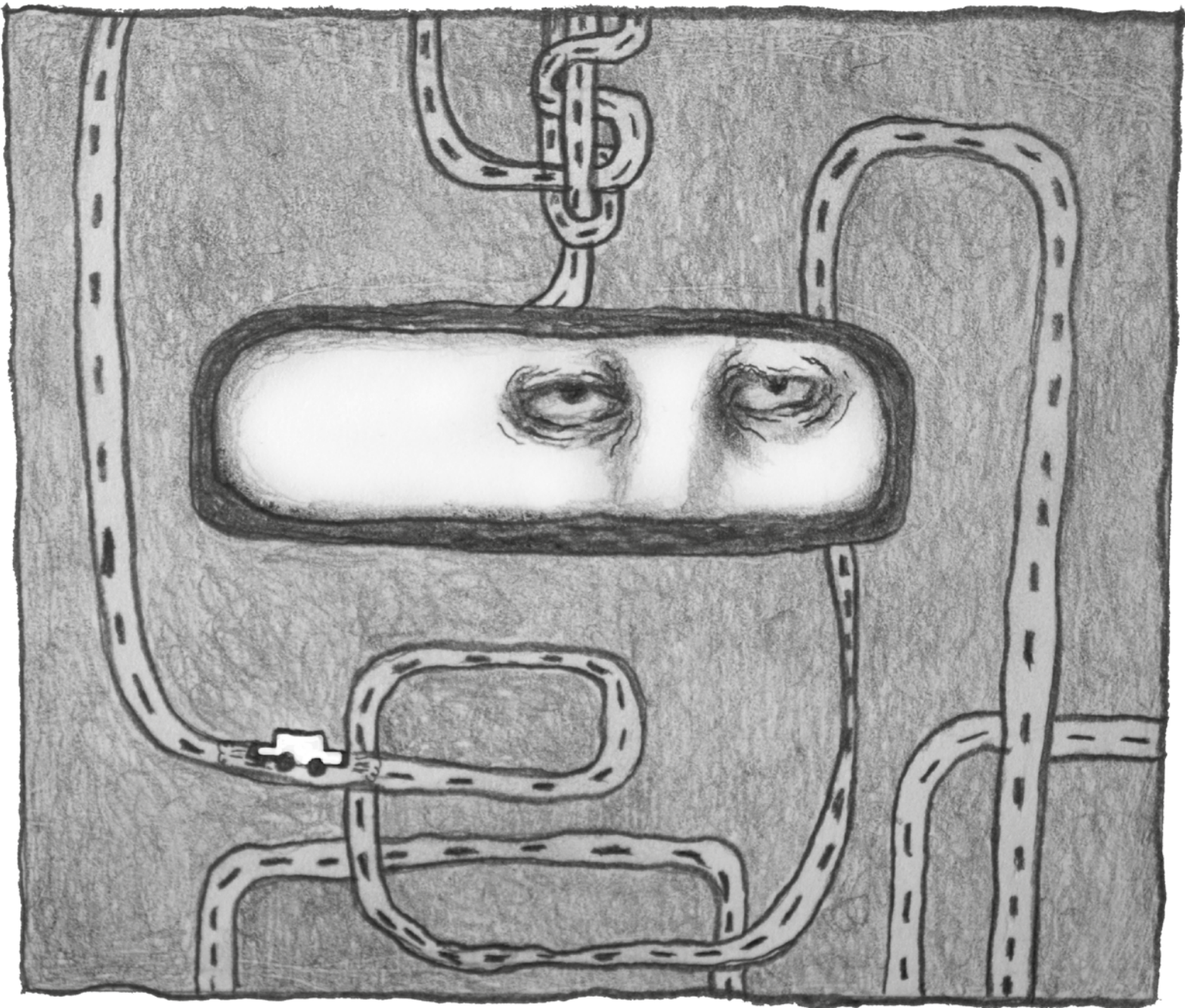
#ViveyAma

EXLIBRIS  café libros repostería

• Menú del día siempre delicioso
• El mejor café
• Repostería
• Libros de todo tipo con énfasis en ilustrados

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

Chofer



por VALENTINA CALVACHE

Ilustración: Camila López

Aquí las noches son sucias pero tranquilas. La gente hierve en las calles, sentados en los andenes, tomándose una cervecita, con pantalón blanco y con sus sandalias, sonrisitas, algún amorío. También hay los que se pasan la calle sin avisar y a veces me doy cuenta y los esquivo, pero a veces no. Algunos ciclistas borrachos le hacen sonar el pito largo a algún taxista cansado y con sueño, con ganas de ir por esa cervecita y el amorío. Yo avanzo en las calles con paciencia, meto el embrague y siento la brisita falsa del aire acondicionado y si toca esperar pues toca esperar.

Mi pasajero está dormido en el asiento de atrás y tiene la boca abierta. Las gafas están en la punta de la nariz por todo el calor de esta ciudad maldita pero bien bonita. A mí me parece joven, pero la montaña de pelo no me deja verlo bien. Además el retrovisor no es una fuente confiable, es muy pequeño y este tipo parece que tiene la cabeza grande.

Así como cuando uno va a mil por un camino pedregoso en una bicicleta, y de repente se da cuenta de que la última piedra es en realidad la última piedra y pum, sale disparado en su bici de medio pelo y vuela y si tiene suerte pues se acuerda que era un sueño y se tranquiliza; pero la suerte no es lo mío y yo sufro de los nervios y se me escapa el corazón por la boca cuando vuelvo en mí, como hoy, que hice ese sonido gutural y trá, me desperté en un taxi, y cual sería mi sorpresa: una señora

manejando. Una señora con el pelo recogido en un turbante, o algo así; bien pálida, bien flaca.

No se puede decir que el frenazo fue lo que lo despertó, sino otra cosa, una peor porque pareció como si lo hubiera despertado un puño que lo recorrió por dentro desde el estómago hasta la boca. Un puño invisible, porque abrió los ojos y no tenía nada; del alarido que pegó ya no quedaba ni el pánico. Se subió las gafas hasta los ojos para verme mejor, para verme más clara; así como hacen todos.

Buenas noches, Alexis, le dije.

Tengo que dejar de beber y de meter, la señora se sabe mi nombre y vaya uno a saber cómo. Apostaría a que se lo dije borracho al meterme a este taxi, cosa que no recuerdo, pero si algo sé, es que el hecho de que no lo recuerde no quiere decir que no haya sucedido. Ahora ya no puedo hacer nada: ya se lo dije y se lo sabe. Me dijo, Maya, un gusto, y yo me quedé en silencio viendo por la ventana las palmeras y la iglesia que con esa luz blanca alrededor parece un fantasma. Al final esta ciudad es ciudad de fantasmas que van y vienen creyendo que con sus trabajos viven y no, el rebusque no es vida pa nadie. A mí siempre me ha parecido que algún día todo eso que creen que tienen se va a evaporar cuando ya no le tengan tanto miedo a la verdad.

Me pregunta que a dónde vamos, que no quiere irse a la casa todavía. A mí también me gustaba dar vueltas por ahí, en el carro; mirar los almacenes

cerrados. Alexis me dice que si puedo poner música. Le pregunto cuál le gusta.

Se me están olvidando las cosas como si ya tuviera medio siglo encima, pero no, apenas un cuarto. Eso le dije a Maya: 25 años. Ya sé que a las mujeres no se les pregunta la edad y por eso no le digo que cuántos, pero ella parece entre los treinta y los cien años. Es por las cejas que a veces medio levanta por el retrovisor cuando se queda mirándome con unos ojos como de cárcel, con unos ojos como de otra historia. La piel también la tiene medio transparente, y lo que se le puede ver de las muñecas es puro hueso. Si no pareciera como de otro mundo, diría que está enferma. Me olvido de la música y siendo malandrín a lo mal le pregunto si se encuentran bien.

¿Cómo así?, le pregunto mirándolo por el espejo. No, una pregunta normal, como pa romper el hielo. Yo sí, manejando, trabajando. ¿Hace cuánto maneja este taxi? Este no es un taxi, miamor. ¿Entonces qué? ¿Por qué me recogiste? No te digo que es mi trabajo. No entiendo, a ver explícame. Ahí te recogí en tu casa.

Eso sí, Maya maneja como si estuviera en una pista de hielo. Qué ejemplito, marica. Quiero decir, nada de frenazos, nada de putazos. Hasta ahora. Y además el aire acondicionado a mil. Trato de buscar la manija para bajar la ventana

y que entre el airecito húmedo; ella sabe lo bueno que es, pero no la encuentro.

Maya, ¿cómo hago pa bajar esta vuelta?

No lo culpo. Las primeras veces uno se siente asfixiado, mermado; como que uno entiende de repente que no es el carro; es la evidencia de que afuera uno se sentía igual de encerrado. Ante mi silencio, porque todavía no sé cómo decir esto de frente, Alexis se responde solo.

Debe ser el polvo, que a mí tampoco me gusta. Cuando algo se llena de polvo se le ven las rajaduras. Pero tan raro esto sin ventanas, de razón ese color de piel de la señora Maya. He venido diciéndole señora Maya porque en un momento he notado que no traigo dinero y que a pesar de lo de las ventanas, pues prefiero estar acá dentro porque mis amigos..., bueno, mis amigos se murieron, o se están muriendo, o eventualmente se van a morir y mi vieja también, y pareciera que en este carro de cierre hermético esa sensación de pérdida casi no me llega al corazón, a la cabeza, como ayer.

Que qué hacía por la vida antes de dedicarme a manejar el carro, me pregunta.

Le pregunto eso como para saber cuántos endemoniados años tiene. Y también pa charlar, pa que se olvide de cobrarme.

Era coleccionista de ropa. Y como coleccionista las pupilas siempre se me desviaban para el lado más caro, y en el mundo hay ropa muy cara. Yo, por

supuesto, no tenía dinero, pero tampoco me resignaba y todo el día me la pasaba pensando en cómo hacer para tener esa ropa bonita que se le veía tan fea a la gente rica. La iluminación vino cuando mi tía me contó que su amiga rica había regalado la ropa del marido porque se había dado cuenta de que tenía otra familia. Yo le pregunté: ¿y a dónde? Me respondió que no era tan fácil encontrar a quien regalarle ropa buena y que no pareciera una trampa; ya sabes cómo es este país. Que se la había regalado a un loco que pasaba, o a una sirvienta que tenía, no se acordaba bien. Ahí supe que tenía que andar pendiente de gente así, gente malhumorada a la que esos bienes textiles les pesaran en los hombros en quilates de dolor. No funcionó. ¿Cómo saber quién le va a tirar la ropa al marido por la ventana? ¿Cómo saber que el marido tiene ropa de la clase que se puede vender rápido y así tener plata para ir a los almacenes entre semana? Necesitaba algo fijo, y lo único fijo, me decía mi abuela, era la muerte. Ajá, así fue: tenía que ver en la página de los obituarios quién se había muerto y contactar a los herederos apesadumbrados y cargados con las setecientas vueltas del funeral. A partir de los apellidos y de pequeñas investigaciones supe quién tenía qué; si tenían, por ejemplo, algo que quisiera guardar o vender. Les mandaba flores y una tarjeta con mis servicios. Yo sé que cuando me llevaba la ropa, esa que después de la muerte se convertía en pesadilla, esas personas respiraban tranquilas. Lo que hacía era llegar en el carro con cajas vacías y me entraba a ordenar todo rápido, no fueran a cambiar de opinión, luego me tomaba un café, un té, un whisky..., lo que hubiera, y escuchaba historias, quejas, lisonjas. Seguro está en un lugar mejor, era la frase que más repetía. Tenía mucho trabajo y mucha ropa; empecé incluso a tener dinero. Nunca me había imaginado la velocidad del deseo de alguien que realmente quiere deshacerse de algo. Tampoco les decía a mis clientes que la ropa tenía ese origen, nadie me creía capaz de semejante conducta. Todo fue bien hasta que un día me conseguí un par de muertos en una casa a las afueras. Tenía que manejar al menos un par de horas. Cuando me abrieron la puerta, al pasar por una habitación, vi a dos niños de unos cinco años abrazados como siameses, gimiendo.

En medio de la historia, mientras avanzamos por calles poco iluminadas, una persona, repito, una persona, se pasa la calle mal y yo grito, ¡cuidado!; pero Maya no se asusta y tampoco frena y casi cierro los ojos y me doy cuenta de que no me acuerdo cómo hacer eso. El atravesado no parece asustado. Ni siquiera volteo a mirarnos. Al parecer soy el único con un poco de sentido común en este carro que no es un taxi, al que no sé cómo llegué, que no tiene ventanas y cuya conductora no tiene edad sino una silueta que medio alcanzo a ver y que me mira, que me mira y me mira por el retrovisor. El transeúnte pasa. Lo trasapasamos. Si estás en un mal sueño, mírate las manos.

Tampoco hubiera sospechado lo encarnizados que se ponen para negar que están muertos. Alexis tiene cara de trauma por la persona que acabamos de trasapasarnos con el carro, y también por él mismo porque sabe que entre las cosas que ha olvidado hay una importante; lo intuye, y es que intuir es peor que saber porque uno no recuerda la cosa como tal. Ahorita mismo tiene miedo de ser un espectro, pero él ya sabe que es un espectro, como lo supe yo en su momento.

Yo no estoy muerto, ¿entiende? Pare aquí que tengo ganas de vomitar.

No, Alexis. Ya no hay modo de detenernos. Después de ver a esos niños abrazados salí corriendo de la casa, como para evitar pensar qué sería de sus vidas de ahí en adelante. Al pensar que al irme de allí iba a huir de esa duda y de la imagen del terror, entendí por qué la gente me regalaba o me vendía la ropa de sus muertos: porque uno guarda la esperanza de que esos objetos sean los contenedores de presencias que uno ya no quiere cerca. Tan infantiles ¿no? Pero con las cosas o no, todo nos sigue acechando, y lo único que pensé en hacer fue apretar el acelerador y llegar a casa y cerrar la puerta. Solo quería eso, pero no fue posible, pise la berma y el carro se me salió de control y dio una vuelta antes de irse por un barranco y cuando estaba en medio de esos virajes, la piel me pareció como una broma y dije hasta aquí llegué. Luego abrí los ojos y me encontré en la parte trasera de un carro. Un hombre me miraba por el retrovisor. Pensé que había olvidado algo importante.

Yo no sé cuándo me desvié. Lo que recuerdo es que era feliz y de repente eso ya me parecía ridículo, algo que había falseado. Me empezó a faltar el aire y la paciencia para lidiar con la gente. Trabajé empacando bolsas en los supermercados, barriendo las calles y hasta de *valet* en un restaurante en el sur. Uno vive el mundo que crea y el mío ya se había puesto gris y, además, pues uno no tiene cómo vivir si no es charlando con uno mismo y mi conversación era densa, iba en mi contra. Yo antes pensaba que lo que quería era morirme, que había nacido así como empolvado, y después me di cuenta de que la pesadilla era que no me quería morir pero todo estaba dispuesto para que sucediera, y que no importaba mi voluntad; lo roto, roto estaba. Mi vieja lo sabía y por eso ya no compraba veneno para ratas y las malparidas se paseaban a la luz del día. Yo permanecía quieto como esperando a ver cuándo me entraba el diablo y si seguía o no. En el clóset clausurado desde la muerte de mi papá encontré una de esas cuerdas para jalar carros.

No, Alexis. ¿No qué? La memoria es traicionera. ¿Por qué me dice eso? Piensa o nos tendremos que quedar dando vueltas por aquí para siempre. En la calle para siempre. En esta ciudad caliente para siempre. ¿Y qué si sí? Cariño, ya no se vale la lástima contigo mismo. La tragedia aquí es inútil.

Maya le está diciendo mentirosa a mi cabeza. Ya eso lo sabía, ni que no hubiera vivido un cuarto de siglo conmigo dentro, jodiendo y jodiendo. Apenas vi esa cuerda mi cabeza arregló todo. Si me tiraba del cuarto piso fijo no me moría, pero si me colgaba de ahí fijo todo se terminaba y eso era tan urgente como triste. Me dio pena mi vieja, tan pequeña y tan inteligente. La que siempre supo que yo había salido fanático de las caídas libres, y todo un perdedor. Lo supo porque mis amigos vivieron a contratiempo y sus porvenires siempre fueron un riesgo. Después se murieron, uno a uno. Se mataron, o se murieron por las

malas andanzas y eso como que es lo mismo. Pobre viejita, todo fue malas noticias conmigo. Yo andaba impresentable porque ni siquiera me bañaba, y me la imaginaba llamando a la policía y en el funeral lidiando con mi olor a mierda, y eso sí que me indignó. Si me iba a morir, pues me iba a morir presentable, pa que mi mamita tuviera algo distinto a sufrir. Eso quería, así que me metí a bañar, me saqué toda la mugre, todas las costras y me puse una camisita decente de mi viejo.

¿Qué color era esa camisa, Alexis? Ah, no seas impaciente, ya te voy a contar. No, pero qué color era. Era... era...

La camisa de alguien. ¿Del viejo? Si esta ciudad es un puto cementerio, todas las noches son como sin suerte y al otro día se cuentan los muertos por racimos y los heridos ni se diga, ¿por qué ahora, de pronto, se pretende tan brillante, como tan expuesta? Dizque blanqueándose la maldita. Hay una camisa, una camisa en la historia ¿no?

Me da risa que tengan su propia versión hasta de la muerte, tan seguritos siempre. Aunque yo también tuve la mía y era que algún mal cliente me había pegado un tiro al enterarse de que la ropa que le vendía le había pertenecido a una señora que se murió de cáncer, pero el cliente, la pistola, la muerte de cáncer, se olvidaban a sí mismos, y por más que trataba se me iban olvidando hasta las palabras para contar esa mentira. El conductor se sonrió por el retrovisor y me dijo que le daba risa que cada uno tuviera su propia versión de la muerte, tan seguritos siempre, no, Maya, así no fueron las cosas.

Yo me colgué, Maya, te lo juro. Y mi mamá me vio ahí suspendido en el vacío del edificio desde el cuarto piso. Te lo juro.

No, Alexis, así no sucedieron las cosas. ¿Por qué habría de inventarme tanta mierda?, ¿a ver? Voltee y dígame por qué nos inventamos tanta mierda si al final, como dices, todo es falso y así no sucedieron las cosas, ¿por qué putas? Para dejar estas calles. ¿Te imaginas? ¿Pasar y pasar las mismas calles? ¿Las mismas malditas calles? Estamos esperando a que te digas la verdad de una bendita vez, le dije, y lo volteo a ver. Se asustó tanto con mis huesos filudos. Huesos deshechos de su carne. La cara, la calavera. Por esto, Alexis, no te podía voltear a ver.

Me bañe y me caí. Ahí está, maldita sea. ¿Era eso lo importante, no? La vida de nuevo se ríe de mí. Me bañé, me caí, y me morí como un imbécil.

Así es: te caíste y te moriste sin más. ¿Que cómo lo supe? No tenemos tiempo para obviedades, Alexis. Y eso es una lástima. Que nunca más haya tiempo. Si nos alejamos de la ciudad, no te afanes. Jamás estuvimos ahí realmente, solo anduvimos por el reverso de su ornamento.

Nos estamos alejando, Maya. A nuestras espaldas, la ciudad libre y turbia empieza a volverse pedacitos: de escarcha y rocío blanco. Volví a ver al frente. Maya ya no estaba. Su puerta estaba abierta; las llaves colgando. De repente, una calle por delante.

* Uno de los cuentos derrotados en el primer concurso nacional de cuento para jóvenes Andrés Caicedo, 2017.



Un nuevo espacio para vivir el centro de Medellín.

APERTURA 2^{da} de MARZO

Desayunos | Café | Meriendas | Tragos

Abierto de Lunes a Sábado desde las 10:00 a.m.
Carrera 42 # 54 - 58



Lunes y martes: 10am a 5pm / Miércoles a viernes: 10am a 9pm
Manejamos menú del día y comida a la carta

580 4044
310 428 6615

Calle 49#64A-11
@lamanuelarestaurante

Apetito

Bueno, ahora sí, claro, me llamo Luisa, soy la menor de los cuatro hijos de doña Carmen. Me crié en Santo Domingo, un barrio de casuchas arrumadas y calles polvorosas y estrechas, en la periferia, en la altura, casi en la cima de una de las montañas que encierran a Medellín. En el día, los buses bajaban a toda desde mi barrio hasta el Centro, pasaban zumbando por las calles de un solo carril con casas a lado y lado. Parecía que en cualquier momento el conductor se descuidaría y el bus saldría despedido montaña abajo por encima de los tejados. ¿Estoy hablando muy rápido? ¿No? Bueno. En las noches, cuando miraba las luces de la ciudad, pensaba en un pesebre y en los traídos del Niño Jesús en diciembre, o sea, pensaba en esto casi todos los días, porque casi todos los días miraba abajo, a la ciudad desde el balcón.

Cuando estábamos chiquitos, yo era el motivo de las burlas y los juegos pesados de mis tres hermanos mayores. Mi mamá nos quería mucho pero yo era su preferida. Lo sabía y era mi defensa. Cuando mis hermanos me jalaban el pelo yo les decía: mi mamá me quiere más que a todos ustedes, y ellos se quedaban muy serios y dejaban de molestarme porque sabían que eso era cierto.

A ti no te hubiera educado —decía mi mamá—, te hubiera malcriado. En adelante hacía una lista con las cosas que le hubiera gustado darme: un vestido rojo bien lindo, zapatillas blancas de primera comunión y me mantendría peinada con una cola, hebillas y diademas; me compraría una princesa de juguete, una princesa como tú —decía—, de las que vienen montadas en un caballo y tienen novio. Mamá me hubiera comprado vaquitas con finca de juguete y un balón de baloncesto para que jugáramos las dos. Pero no me regalaría nada de cocinas, nada de escobas de juguete, ni traperos. Decía que las mujeres no éramos para arreglar el piso. Además de los juguetes, me compraría, si hubiera podido, toda esa comida que me gustaba, leche, galletas de chocolate, salchichas, mortadelas, me haría pizzas y hamburguesas. Yo no te hubiera educado —decía—, te hubiera vuelto una princesita caprichosa, bien creída, bien mimada, bien orgullosa, de todo, una princesita, una princesa bien linda.

Creo que mamá dirigía esa devoción, porque la abuela, es decir, su mamá, prefirió durante toda la vida a sus hijos hombres. Las abuelas de Medellín eran así. Siempre quisieron más a sus hijos que a sus hijas. La abuela, ya viejita, con ochenta años y mal de Alzheimer, qué pesar, acostada en su pieza estrecha y oscura, con las cobijas de lana hasta el cuello, decía que tenía solo dos hijos. Mi mamá, sentada en el rincón y apoyada en la pared de ladrillo le recordaba que también tenía hijas, y que además de todo, eran las que la cuidaban, porque los hombres ni siquiera la visitaban, es decir, mis tíos, sus hijos, los hombres de la casa no hacían nada

para cuidar a la abuela, ni seguían el ejemplo de mis tías, que le daban de comer, le seguían los caprichos, le cambiaban los pañales, le conversaban, leían, la sacaban a la acera en silla de ruedas para que saludara a los vecinos que subían o bajaban por la calle, por esa calle tan fea, toda polvorienta, toda estrecha.

—¿Hijas? —preguntaba la abuela acostada y abriendo los ojos—, ¿cuántas hijas tengo yo?

Y mi mamá le decía los nombres de las seis mujeres, mis tías, sus hijas. La abuela escuchaba y arrugaba la frente, los labios, achicaba los ojos, enojada, y luego decía: ¡Qué pereza tanta muchachita!

—¿Y entonces quién soy yo, mamá? —le preguntaba.

La abuela torcía la cara en la almohada para mirarla. Se notaba el esfuerzo por hacer memoria. Pero no la recordaba.

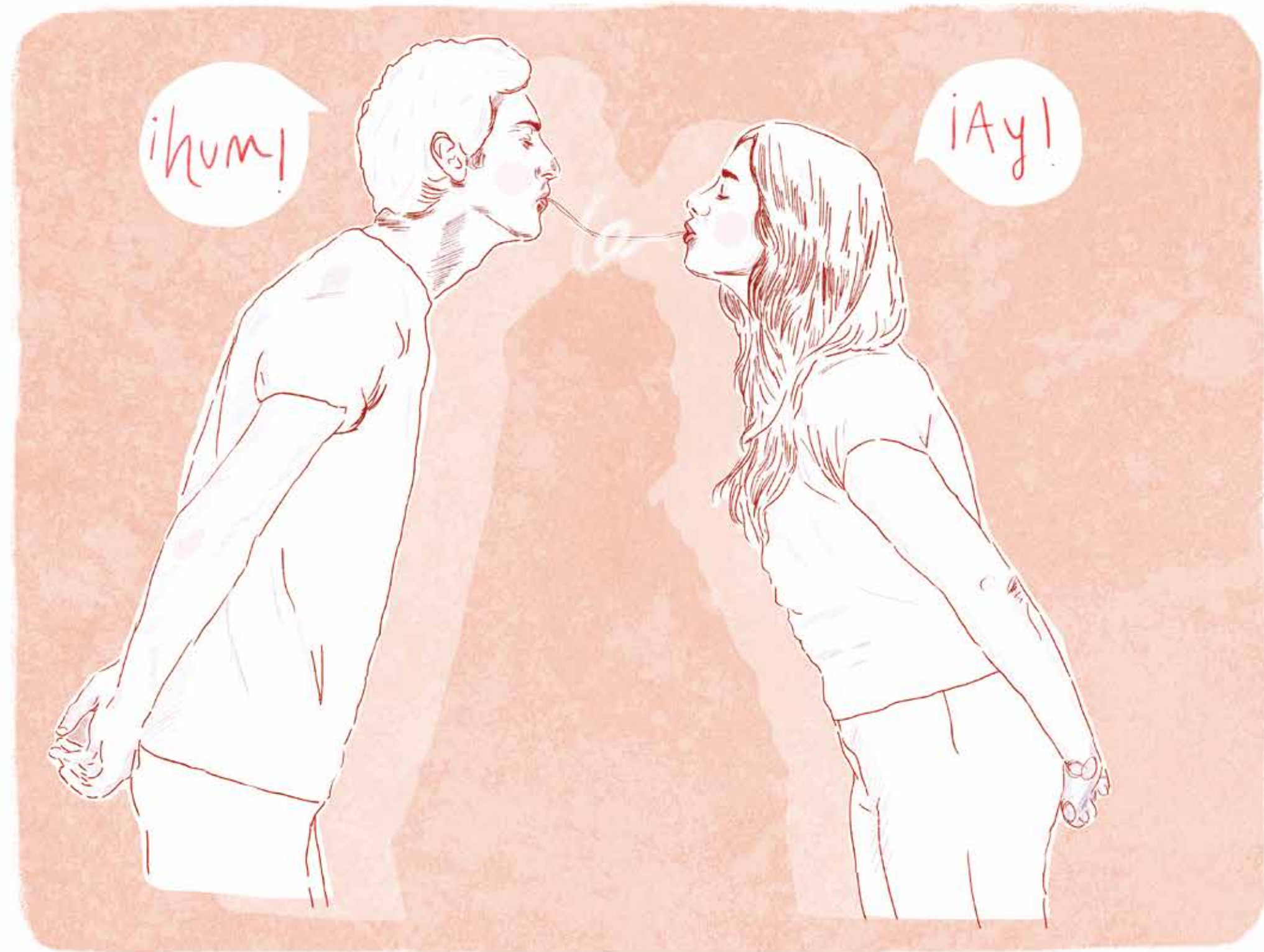
—¿Y entonces quién soy yo? —presionaba mi mamá con algo de rabia y celos.

La abuela, tapada en cobijas hasta el cuello, giraba de nuevo para seguir mirando el cielorraso y contestaba:

—¿Usted? No sé, usted será la enfermera que viene a cuidarme.

Cuando estábamos pequeños no fue fácil. Tantas bocas en una casa tragando tres comidas diarias no era cualquier cosa, ni tantos cuerpos pidiendo ropa y zapatos, todo esto no deja espacio para el descanso, ni mucho menos cuatro cabezas necesitando educación. Mamá se pelaba la espalda y el ánimo trabajando, y en sus horas de descanso, en la casa, tenía que cuidar de la abuela, que vivía a dos cuadras de nuestra casa. Los domingos también eran días para ganarse algún peso adicional cosiendo vestidos para las vecinas.

Papá nos había dejado cuando yo tenía siete años. Emigró a los Estados Unidos con la promesa de hacer vida, conseguir trabajo y enviar dinero para nosotros. Promesa que nunca cumplió. En esa época mi mamá trabajaba en la mañana en los oficios de limpieza en un hospital de Guayabal, y en la tarde trabajaba de mesera en un restaurante cerca de la plaza de mercado. Soñaba con terminar la carrera en Enfermería para dejar el trabajo en el restaurante y acceder a un turno de tiempo completo en el hospital. Y se pagó el primer semestre. Para ganar los primeros exámenes parciales trasnochaba pegada de las fotocopias y en el día solicitaba continuamente permisos en ambos trabajos para asistir a los laboratorios de la Facultad. No so-bra decir que se acostaba con ambos jefes para lograr los permisos. Mamá era pobre, pero joven y bonita. Ella sabía lo que tenía, las mujeres siempre sabemos lo que tenemos y cuando nos lo proponemos sabemos hacer las cosas para que los hombres se fijen en nosotras, y más si tenemos algún encanto en el cuerpo. Mi mamá tenía las caderas anchas y el pelo largo, era blanca, sus carnes eran muy antioqueñas, muy paisas, muy medellinenses, digite en el buscador “paisitas maduras lindas” para que entienda lo que eso significa. El trajín le duró dos semestres, al tercero tuvo que renunciar



al estudio y dedicarse a ganarse la vida de tiempo completo.

En las tardes, cuando yo llegaba de la escuela, cursando cuarto de primaria, era atormentada por mis hermanos. Era su juguete favorito. Me pegaban coscorriones, me escondían la única muñeca de plástico que tenía y se burlaban de mis dibujos. Al principio me defendía ahogándome en llanto, en rabia. Recuerdo que sentía mucha frustración. Rápido aprendí que debía defenderme de otra manera y aunque no me gustaba jugar fútbol, aprendí que algunas veces tenía que igualarme con los hombres, quitarme la blusa, ir a la cancha y hacer de defensa, jugar de central y dar patadas, hacerme respetar para que me dejaran de joder. Era la chica de nueve años, con pelo largo y sin camiseta.

Durante las noches, en mi cama y con todas las luces apagadas, escuchaba las ratas rastrillar las puertas de la despensa de la cocina. Era un sonido de pesadilla. Raspaban la madera y cuchicheaban. Era desesperante. Entonces me tapaba la cabeza con la cobija y pensaba en mi papá, imaginaba que él se levantaba de la cama a oscuras y con una escoba daba palazos contra los lomos de las ratas. Me sentía mucho mejor. Creía recordar que me defendía de las burlas de mis hermanos, creía recordar que me cogía en brazos mientras me besaba en la mejilla, los regañaba y repartía coscorriones cuando se comportaban mal conmigo. Por una parte, mamá nunca volvió a mencionar el nombre de papá. Y por otra, mis hermanos siempre

hablaban mal de él, quejándose de su ausencia. Pero yo tenía la seguridad de que volvería, sabía que me cargaría en sus brazos y me apretaría hasta partirme las costillas, como creo que decía.

En el último año de bachillerato, cuando tenía diecisiete y las piernas largas y el cabello lindo, comencé a trabajar de secretaria en la administración del colegio. Me gustaba llevar cuentas, inventarios y hacer cartas de presentación, solicitudes y otras tareas de tesorería. Por esa época, en plena turbulencia hormonal, perdí la virginidad con Miguel, un chico del colegio. Era de mi edad, hijo de un señor canoso con mucho más dinero que nosotros. Miguel se moría por mí. Aprendí que mimarlo era muy fácil. Los hombres me parecían sencillos y predecibles, ya me había entrenado con mis hermanos. Los hombres son demasiado básicos y simples.

Su fuerza y cinismo quedan reducidos si se entiende que siempre tienen hambre, en la panza y en el sexo. Por falta de plata para comprar mercado, a Miguel no podía cocinarle unos frijoles bien ricos, con salchichas rancheras picadas, trocitos de plátano fritos, con aguacate y arroz, y así tener enamorado con la barriga llena. Pero en cambio, para tenerlo cerquita, podía hacerle el amor con dedicación y de manera continua, en lo que se puede entender sexo dedicado y continuo a los diecisiete años. Me di cuenta del poder del sexo. O mejor, me di cuenta del poder que tenemos las mujeres sobre los hombres. Miguel hacía todo lo que yo le proponía, mejor, todo lo que

yo le ordenaba. Como le digo, los hombres son muy básicos. Esto es obvio, pero también es cierto, que con hambre se hace el amor más rico. Me gustaba Miguel, era lindo, amable, buen estudiante, fino, pero sobre todo me enamoraba cuando Miguel me invitaba a comer en restaurantes del Centro de Medellín. Lo que más me gustaba era que decía que quería casarse conmigo. A las mujeres nos encanta cuando nos proponen matrimonio, sin importar que tengamos quince, o dieciséis, o diecisiete años. Después de mucho tiempo sin saber de mi papá, supe que, en un acto desesperado, se voló la tapa de los sesos con una escopeta de caza en uno de los picos del Cañón del Colorado. Pero no me gustaría hablar más sobre ese tema. Mire cómo me pongo. Perdóneme.

Por esa época la abuela murió. Nos mudamos y fuimos a vivir más abajo de la montaña oriental de Medellín, en Manrique, cerca de Aranjuez. Ese cambio se produjo gracias a los amantes de mi mamá. Bajamos la montaña y subimos de estrato, porque el barrio Aranjuez no tenía las calles estrechas, pero igual la gente salía a las tiendas a comprar media libra de azúcar, a la esquina para encontrarse con los amigos, a la fritanga a comprar empanadas. Esa bonita cualidad de la gente de estrato medio bajo, que no se aguanta la casa y tiene que estar saliendo a la calle. Cuando terminé el colegio me dejé con Miguel, y comencé a estudiar Administración de empresas en la Universidad Pontificia Bolivariana, financiada por una beca que gané como mejor

por ANDRÉS DELGADO

Ilustración: Mónica Betancourt

bachiller de la ciudad. Yo era bonita, pero además era inteligente. Sabía que para escapar de la pobreza tenía que estudiar. Comencé a trabajar como auxiliar de contabilidad en una oficina de ingenieros y me fui de la casa, y con unas amigas pagaba un apartamento de estudiantes.

Dicen que las mujeres como yo tenemos un pequeño infierno interior, pero creo que eso es muy exagerado. Yo no era una mujer libertina ni, mucho menos, cínica. Lo que pasa es que cuando se crece arañando el mundo, se desarrolla una mayor conciencia de lo que se tiene, de lo que falta, y, por lo mismo, se tiene más conciencia de lo que el mundo ofrece, es decir, de las oportunidades. ¿Una oportunista? No sé. Tal vez. Las chicas como nosotras no solo valoramos con mayor intensidad la pertenencia de un carro, una casa, un vestido o una joya, sino que también, y esto es lo interesante, una chica de mi estilo tiene más conciencia del amor y el apego, pero también del odio y el desprecio. Hay gente que dice que las mujeres educadas en la pobreza somos más lujuriosas. Dicen que tal vez esa falta de oportunidades nos hace más lascivas, más coquetas, iba a decir más putas, pero no, esa palabra es muy fuerte. Digamos que las chicas como yo somos más lanzadas, más atrevidas. Y en cierta medida es verdad, pero ese comportamiento se nos sale de las manos. Nosotras somos lo que somos sin pensarlo. Como decía un amigo: “Es una cuestión visceral, de las tripas”.

Cada cual verá lo piensa. Por mi parte tengo la seguridad de que las mujeres de los barrios pobres hacemos el amor más rico porque el hambre despierta la libido. Es verdad, una con hambre prácticamente se come al tipo, con muchas, muchas más ganas. Y entiéndame porque acá la palabra “hambre” no significa solo falta de comida. Además quiero que no se me entienda de manera tan literal, porque hace rato que dejé de hablar de una mujer sin educación. Ahora estoy hablando de una mujer de cuna humilde, pero triunfadora. Sin importar que ya seamos profesionales, con carrera y estudios de posgrado, sin importar que ya tengamos carro y estemos comprometidas en matrimonio, hay algo que nos empuja desde el origen: es el presentimiento de la angustia.

Ya lo dije antes, los hombres son muy predecibles. En todo momento tienen ganas de comer. Por eso sintonizan más fácil con las mujeres que comparten ese apetito. Hay que entender sus necesidades básicas para luego tenerlos, para poseerlos. Es decir, controlarlos. Por eso no hablo solamente del hambre sentida en el estómago. Estoy hablando del hambre por el mundo, por la vida, por las ambiciones, por los sueños. Las mujeres con hambre hacen el amor más rico. Y acá le cuento una generalización, lo fácil que resulta generalizar, pero las mujeres adineradas, o al menos las que tienen las necesidades básicas resueltas, son las peores amantes. Tienen sus sueños más cerca de su realización, al menos los sueños que se pueden comprar. Nunca relacionan el hambre con el sexo. Las chicas adineradas no asocian el sexo con la supervivencia y las ganas de comer. Por eso téngale miedo a una mujer de cuna rica y aficionada a la cama. ¿Miedo? Siendo un hombre, yo les tendría pánico. Una mujer adinerada y lujuriosa consigue lo quiera. Pero en vista que esa combinación es tan extraña, entonces allí estamos nosotras, las mujeres educadas en la pobreza. Esa es nuestra ventaja y los hombres lo saben. El sexo lo sentimos de verdad, lo deseamos, nos hace falta, lo vivimos de manera intensa, porque tenemos otra visión respecto del hambre y del sexo. No tener comida hace que se tengan claras las prioridades. Y una sabe que las oportunidades son pocas. Esa claridad se agudiza cuando se tienen hijos. Por eso las mamás hacen el amor más rico, porque tienen más desarrollado el sentido del cariño y el entendimiento. Mientras las chicas pobres a hijos son una lindura en la cama con sus parejas, las adineradas con hijos se vuelven las peores esposas porque creen que tienen a su hombre asegurado. Se equivocan. Esos hombres vienen a buscarnos y allí estamos nosotras, las secretarias, las asistentes, las alumnas, las chicas que nos escondemos en la obediencia. Por eso, lo que yo le digo, es que mejor tenga cuidado con las mujeres como yo, porque usted se descuida y a lo mejor termina casado y viviendo bien rico. [Ⓢ]



Cuatro poemas

por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Samuel Castaño

Sobre la estabilidad

Mi amigo me dice,
 en medio de la conversación, que
 lo más estable en la vida
 es el precio del perico.
 Yo llevo 10 años en esto,
 me dice.
 10 años y no ha subido de 12 pesos
 ni en los peores momentos.
 Al perico no lo afecta
 ni el dólar
 ni la bolsa de valores
 ni los cambios de alcalde
 ni las catástrofes ambientales,
 me dice
 y yo pienso
 en todo el perico que ha metido mi amigo
 en estos años.
 Lo imagino en sanitarios de desconocidos
 repartiendo el polvillo blanco
 con su cédula
 arrodillándose en pisos mojados
 para inhalar una línea,
 lo veo escondido de su novia
 y de su familia
 mirando sus fosas nasales en el espejo
 antes de saludarlos,
 sobornando a un policía
 para que lo deje tranquilo,
 hablando con su *dealer* de cabecera
 sobre el clima.
 Inevitablemente pienso en
 la escena de *Scarface*
 cuando Al Pacino espera
 pacientemente su muerte
 frente a varios montículos de cocaína,
 más precisamente
 pienso en la mirada resignada y
 de aceptación de Al Pacino que espera la
 muerte.
 Miro a los ojos a mi amigo
 en el momento justo en el que me dice
 que lo espere un momento
 que tiene algo por hacer.
 Y yo pienso en *mutatis mutandis*
 del tiempo,
 del amor,
 la familia,
 de nosotros mismos,
 excepto, claro, la estabilidad
 del precio del perico.

Fuck

Siento el rumor suave del helicóptero
que pasa sobre mi cabeza
y yo lo miro
tantear, ponderar las cosas desde arriba
bailar entre las nubes,
las montañas.
Da tumbos acá y allá
bamboleándose
con su cuerpo de insecto negro
por el aire sucio, enrarecido
de los últimos días.
Y veo que se acerca,
que se mece
casi estático,
baja
en una línea vertical,
se me acerca.

Mientras el helicóptero me observa
yo le hago
la señal con el dedo,
que aprendí en mi infancia
y no tiene traducción al español
pero en inglés
se escribe
fuck.

Esos días

Erán esos días
 en los que íbamos con
 mis amigos al pasaje de la Alcaldía de Envigado,
 nos sentábamos
 y esperábamos a que
 se encontraran
 los punkeros y los metaleros
 y luego
 se encendieran a puño limpio
 para demostrar cuál
 era el género
 que tenía derecho
 a sonar en la ciudad.
 También se lanzaban preguntas
 desde ambos bandos:
¿Cómo se llama el primer vocalista de Iron Maiden?
¿Año de la muerte de Cliff Burton?
¿De qué marca es la guitarra que aparece en la
carátula del London Calling?
Los punkeros son unos aparecidos.
Es que los metaleros son unos vendidos al capital,
 se gritaban.
 Y nosotros, de espectadores, disfrutábamos de esa
 pirotecnia
 hasta que llegaba la Policía que
 los hacía huir
 y nos hacía huir a nosotros
 con el uniforme azul del Liceo Francisco Restrepo
 Molina:
Presencia de la iglesia en la educación.
 Los viernes
 eran sagrados para mí
 porque se cumplía la cita
 entre metaleros y punkeros.
 Y nosotros, con una Ponymalta en la mano,
 los mirábamos atentos a sus gestos, sus
 movimientos, sus palabras
 para así definir
 nuestro futuro,
 nuestro no futuro,
 nuestro próximo viernes.

Solo es posible este momento

Ves hombres en moto
 de bajo cilindraje con
 morrales Totto de mujer
 en sus espaldas.
 Caminas al lado de dos venezolanos
 que venden arepas
 y fuman cigarrillos mentolados,
 hacen fuerza excesiva en sus chupadas.
 Alguien te grita un apodo
 que solo saben los amigos
 de tu infancia y
 no volteas.
 Los vendedores de dulces
 te ofrecen cocaína y marihuana,
 a veces en un inglés maltrecho.
 El río que parte la ciudad
 arrastra colchones, microondas,
 pedazos de gente y gente entera.
 Alguien te pide dinero
 para llevarle leche a sus hijos
 ante tu negativa agacha la cabeza,
 escupe dos veces en el piso.
 Un policía te cuenta su infancia
 como vendedor de pieles de tigrillo.
 Una indígena emberá amamanta a su hijo en la calle
 su otro hijo te extiende la mano,
 te dice: moneda.
 En el centro te entregan un volante
 impreso a una tinta con la frase
descubra la causa o el motivo de sus fracasos.

Los terrenos baldíos de tu adolescencia
te los cambiaron
por edificios con apartamentos de
50 metros cuadrados.
Las estrellas se han ido
pero las luces de las casitas en
las montañas intentan remplazarlas.
Cristianos exdrogadictos se montan en los
buses y te venden lapiceros de mala calidad,
hablan en plural pero andan solos.
Un hombre disfrazado de Spiderman
corre por La Playa hacia Boston, algunos
dicen: cójalo, cójalo, ladrón.
Andas por cada calle con la certeza
de que nada va a volver a ser igual
que todo cambia a un ritmo que rebasa
tu comprensión,
que solo
es posible este momento
en el que vagas y dejas
que cada cosa que ves
ocupe gradualmente
su lugar en el mundo.





BATHORY

ROCKWEAR

Vestuario para mujeres poderosas
y hombres fuertes amantes del rock.

   @bathoryrockwear
bathoryrockwear@gmail.com

Encuétranos en Siete Ovejas Cultura/ Bar, Calle 52 # 45 – 22, Medellín.



PIZZERIA

CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro,
por medio del cual tenemos la posibilidad
de recordar que la vida, con toda
su magia y creatividad
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522



Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural



Toscana

CAFÉ/MINIMERCADO - DESDE 2004

CL. 49 #64a-41
(Parque Suramericana)

 436 31 32  @cafemintoscana

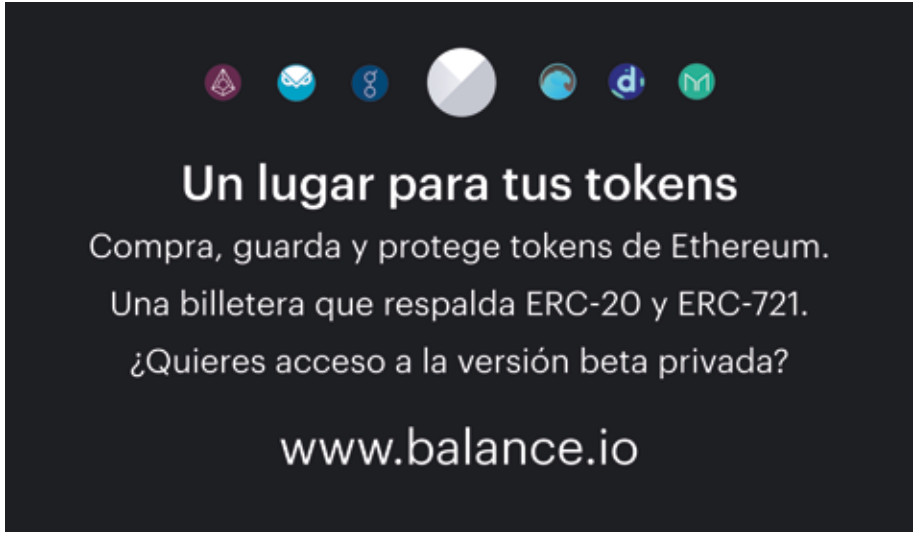
Horarios:

Lunes a jueves:
7:30am - 9:30pm

Viernes:
7:30am - 10:30pm

Sábados:
8:30am - 9:30pm

Domingos y festivos:
9:00am - 5:00pm



Un lugar para tus tokens

Compra, guarda y protege tokens de Ethereum.
Una billetera que respalda ERC-20 y ERC-721.
¿Quieres acceso a la versión beta privada?

www.balance.io

WWW. correctores .CO

Corrección de estilo
para todo tipo de textos

- Normas técnicas de publicación.
- Corrección de pruebas.
- Transcripción de audios o videos.
- Asesoría para escritura de proyectos académicos o empresariales.

administrador@correctores.co



Frutti jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo
encuentras lo mejor en comidas rápidas.
jugos, malteadas, helados, ensaladas de
frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio
únicamente en Carlos E.

230 40 56



DETOK Xpress

Recógelo o te lo enviamos
a casa

Dale vacaciones a tu
cuerpo y renuévate.

Incluye:
5 zumos de frutas y vegetales
1 batido
1 infusión
1 hora de asesoría

Bar El Guandano
Carrera 43 # 53 - 21
Teléfono: 3218882506



RESTÁURATE



Papelería

230 31 16
300 222 8870

Cl. 50 #64B-19 (Sector Suramericana)

Horarios:

Lunes a viernes: 8am - 6pm
Sábados: 8am - 1pm

papeleriais@hotmail.com



SIMONITA

RESTAURANTE

LAS MEJORES AREPAS CON TODO

Lunes a viernes 11am - 9pm Teléfono: 436 1396
Parque de las Flores (Deprimido - Suramericana)



MOVIMIENTOS DE LA IMAGEN II

PLATAFORMA PEDAGÓGICA: MÚLTIPLES MEDIOS EN
EL MUSEO Y USOS POLÍTICOS DEL TERRITORIO

21 DE FEBRERO - 06 DE MAYO

EXPOSICIONES:
Venus 41, de Federico Ríos - *Testigo de las ruinas* de Mapa Teatro

EL ESCENARIO:
O Marinheiro, Teatro Matacandelas - 3, 10 y 17 de marzo, 4:00 p.m.
Danzas afrocolombianas, Sankofa - 6 de abril a 6 de mayo

CONVOCATORIA ARCHIVO FUTURO
<http://museodeantioquia.co/archivofuturo/>

LA ESQUINA 23 de febrero - 9, 23 de marzo - 6, 20 de abril - 4 de mayo,
6:00 p.m. a 10:00 p.m.

VITRINAS CUNDINAMARCA 09 de marzo al 06 de mayo

Un proyecto:  Museo de Antioquia

Apoya:  MINCULTURA

 TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ. EQUIDAD. EDUCACIÓN

Evento apoyado por el
Ministerio de Cultura
Programa Nacional de
Concertación Cultural

www.museodeantioquia.co



AGÉNDATE CON FILARMED

MARZO 17

Obras de L. Bastidas,
N. Rota y S. Rachmaninov
Contrabajo: Ilko Rusev
Director: Guerassim Voronkov

Teatro
Metropolitano
6:00 p. m.

MARZO 24

Obras de S. Rachmaninov,
C. Debussy y L. Bernstein
Piano: Arnaldo Pizzolante
Director: Manuel López-Gómez

Teatro
Metropolitano
6:00 p. m.

ABRIL 21

Obras de A. Mejía, J. Sibelius
y A. Dvorák
Violín: Nathan Meltzer
Director: Francisco Rettig

Auditorio
Fundadores
EAFIT
6:00 p. m.

ABRIL 29

CONCIERTO
ANIVERSARIO
Réquiem Alemán
J. Brahms

Director:
ANDRÉS
OROZCO-ESTRADA

Baritono: Valeriano Lanchas
Soprano: Juanita Lascarro

Teatro
Metropolitano
4:00 p. m.

BOLETERÍA EN TU BOLETA · INFORMES: 262 55 00

@Filarmed     FILARMED.COM



Caído del Zarzo

Elkin Obregón S.

DÚO DINÁMICO

Los grandes superhéroes han sido olvidados o menospreciados por el Hollywood de hoy, una fábrica que en muy buena parte se nutre de esas hazañas: El Fantasma y El Capitán Marvel, a cuál más digno de remozar esa corte de secuelas.

A modo de paréntesis: ambos personajes protagonizaron sendas series —por cierto, el actor Tom Tyler encarnó a los dos— en los lejanísimos años cuarenta; inefables series, producto de una época irrepetible por muchas razones; ya se han mencionado aquí alguna vez, y volveremos a hacerlo ahora, lector, si tienes paciencia y no me dejas de tu mano.

Sobre El Fantasma se rodó una película en 1996, una especie de Indiana Jones en tono menor, si bien se dio el lujo de tener como villana a la muy cotizada Catherine Zeta-Jones. Pero lo mejor de la cinta, y de lejos, fue Kristy Swanson, quien encarnó a Diana Palmer (“exploradora y heredera”), por entonces la novia del Fantasma (luego se casó con él, pero eso es otra historia); su actuación es un prodigio de gracia, vitalidad y frescura, que opacó sin miramientos la presencia del héroe enmascarado; no me cuesta decirlo, a pesar de mi amor *inmarchito* por “The ghost who walks”. Después de esta incursión en la pantalla grande, nuestro personaje volvió —parece que para siempre— a su penumbroso refugio en La Cueva de la Calavera.

En cuanto al Capitán Marvel (creado para el cómic en 1940, llegado a los seriales en 1942) jamás volvimos a verlo en movimiento. Hoy, cuando vivimos en el cine gringo el síndrome de los superhéroes, se exige a estos que vuelen —o casi vuelen— como Superman, Batman, Spiderman... Es bien extraño, pues, que no devuelvan a la palestra al adorable Capitán, tan aerodinámico como el que más. Tal vez hay querellas jurídicas que lo impiden (lee el chisme al final, lector), porque esas cosas pasan. Uno, más dado a fantasear, quisiera añadir que con los actuales efectos especiales los héroes vuelan sin alma, son apenas saltamontes brincando entre edificios poco confiables. Al Capitán Marvel se le adivinaba, creo, el gran mérito de su vuelo. Y cuando volvía a tierra los niños le brindábamos nuestro mejor homenaje, el de creer en él. Hoy he vuelto a verlo, por felices azares. Y sigo creyendo.

P.D. En 1943, los dueños de Superman demandaron por plagio al Capitán Marvel. Injustamente, ganó el pleito el bando del Hombre de Acero. El juez que dictó el fallo no vio la diferencia esencial entre los dos: Superman existe, es un nativo de Krypton residiendo en la Tierra; Marvel no, es apenas una entequeia. Viene al mundo cuando el reportero Billy Batson pronuncia una palabra mágica (Shazam), que lo convierte en el flamante Capitán; cumplida su misión, Marvel repite esa palabra, Billy Batson retorna, y el insólito héroe vuelve al limbo de su inexistencia. Todo un misterio metafísico.

CODA

Pensé ayer en Altea, un pueblito mediterráneo de la región alicantina. Hace mucho tiempo pasé allí un par de días, en compañía de Eduardo Aldana y otro viajero. En la parte más alta del pueblo, una plataforma descubierta con vista al mar, un par de damas adorables nos sirvieron la mejor paella que alguien pueda comer jamás. Fue una tarde preciosa, rociada con el mejor vino, el vino de la amistad. Desde la nube en donde esté, Eduardo me dará la razón. ☺



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

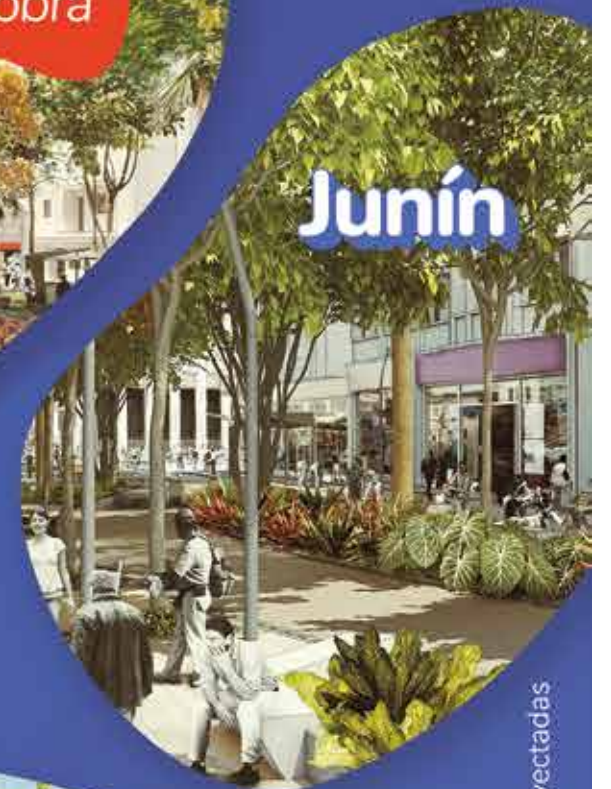
f /cinefagos.net

@cinefagosnet

Iniciamos

las obras que convertirán
el Centro de Medellín
en nuestro orgullo

- Paseos urbanos
- Corredores
- Parques



Imágenes proyectadas

53 obras transformarán el Centro

-  Reverdecimiento del Centro con el trasplante y siembra de nuevas especies.
-  Mejoramiento de andenes, vías, áreas verdes y mobiliario urbano.
-  Kilómetros de ciclorrutas.



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

TE AMO CON TODO MI CEREBRO

Experimenta las neurociencias
en la **Sala “Mente, el mundo
adentro” del Parque Explora**

www.parqueexplora.org

SURA
PATROCINADOR **SALA MENTE**


Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos